

Vicuña

OTRAS
FORMAS DE
VOLVER A
NACER

Mujeres en Red - Iglesia, San Juan

Mujeres en Red. Iglesia San Juan

Otras formas de volver a nacer / 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Metrópolis Libros, 2024.

188 p. ; 21 x 21 cm.

ISBN 978-631-6635-13-6

1. Perspectiva de Género. 2. Historia Regional. 3. Crónicas. I. Título.

CDD 305.409

Copyright de esta edición:

Titularidad de Vicuña Argentina S.A.

2024 – Única edición / Impreso en Argentina

Imágenes de interior:

Cinthy Barbara Montoro R. – María Florencia Vázquez
(Agencia BARDO) – Lucas Gabriel Poblete

Diseño de cubiertas, compaginación y edición:

Cinthy Barbara Montoro R.

Diseño de marca e identidad:

Cinthy Barbara Montoro R. - Daniela Sotomayor

Entrevistas y redacción de contenido:

Pablo Ariel Montemurro Álvarez

Autor:

Vicuña Corp.

<https://vicuna.com/>

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalizaciones u otros métodos, sin el permiso previo del Copyright de esta edición. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.466.

PRÓLOGO

El programa Mujeres en Red nace como una iniciativa de la empresa con enfoque de género, como parte de nuestro compromiso para integrar la transparencia y la gobernanza corporativa con el desempeño social que Vicuña propone. A través de acciones concretas, buscamos contribuir a mejorar de forma sostenible la calidad de vida de las mujeres del Departamento de Iglesia, en la Provincia de San Juan, Argentina.

Inspirado en otros programas de inversión social, Mujeres en Red busca reducir la brecha de género en participación y oportunidad económica de las mujeres, la cual, según el Informe Global de Brecha de Género del Foro Económico Mundial (2023), se estima que tomaría 169 años cerrar en las condiciones actuales.

A través de la alianza con la ONG “Criar, Comunidad de Emprendedoras” y su programa de Formación de Emprendedoras, dimos el puntapié inicial de esta propuesta, a la que luego se sumaron y nutrieron diversos profesionales y especialistas en abordaje de género de la provin-

cia. Entre ellos, el área de Relaciones Comunitarias de la empresa, Cinthya Barbara Montoro R., Efisol Recursos Humanos, el chef Mauricio Savoca, Pablo Ariel Montemurro A. (capacitación y desarrollo), y la Lic. Valeria González.

Con Mujeres en Red, proponemos y facilitamos un conjunto de herramientas como entrenamientos, asistencia técnica y apoyo financiero, destinadas al fortalecimiento del liderazgo, el aprendizaje, la incorporación de nuevos saberes y buenas prácticas en la gestión de emprendimientos, la inclusión financiera, habilidades comunicacionales y el marketing emprendedor.

El programa ha significado una oportunidad para impulsar el desarrollo económico de los emprendimientos liderados por mujeres en Iglesia, produciendo impactos multiplicadores sobre la autonomía personal y dignidad de las participantes. Sin embargo, la verdadera esencia y la magia del programa se manifiestan cuando las mujeres se apropian de la propuesta. Con un liderazgo visible, ellas han formado una red de contención social que las visibiliza, les da voz y

les permite hacerse escuchar. Es, en este sentido, una plataforma de reconocimiento social y familiar.

Muy probablemente, estos impactos cualitativos son el mayor capital de este programa.

Hoy, cerca de 70 mujeres emprendedoras cuentan con más formación y seguridad personal, están orgullosas de contribuir con los ingresos familiares y se encuentran en mejores condiciones para brindar oportunidades educativas a sus hijos e hijas, nietos y nietas, además de explorar nuevas oportunidades para su propio crecimiento.

En su tercer año, Mujeres en Red en Iglesia está cumpliendo con su propósito de ser un acelerador de cambios para una mejor calidad de vida de las mujeres valientes, creativas y resilientes en este rincón de la provincia de San Juan. Y en el camino, también aprendemos y crecemos juntos.

QUIÉNES SOMOS

En un pueblo de San Juan, muy cerquita de la cordillera de los Andes, habitan mujeres de distintas edades, formas de pensamiento e ideas. A pesar de sus diferencias, sin saberlo, comparten algo en común: todas luchan por sus sueños.

Cuentan que corría el mes de marzo de 2022 cuando una empresa llamada Josemaría identificó el factor común que las unía y las invitó a todas a ser parte de un encuentro de mujeres a desarrollarse en un viejo carretón.

El día del evento fueron llegando poco a poco al lugar con miedos, incertidumbres y expectativas. A través de una serie de dinámicas y actividades fueron rompiendo las cadenas que las ataban a sus temores y dudas. En poco tiempo, se encontraron compartiendo historias diferentes pero muy iguales a la vez. Decidieron volverse a juntar y en cada encuentro comenzaron a construir una torre de legos de distintos colores, pero ensamblados en un proyecto en

común: crear una red de mujeres emprendedoras que luchan juntas por sus sueños.

El camino que emprendieron no es fácil, se trata de un fuerte desafío para todas. A veces deberán dejar a sus hijos, a su familia, llegar cansadas a su hogar, resolver diferencias en el grupo. Sin embargo, en la red de mujeres han encontrado un lugar de apoyo para progresar, aprender y triunfar en sus emprendimientos. Saben que cada paso dado no será en falso porque las acercará a la satisfacción de conseguir sus metas, llegar a la cima y vivir en plenitud.

Estas mujeres, que hoy habitan el pueblo en San Juan, ya no son las mismas, encontraron otras formas de volver a nacer.



INTRODUCCIÓN

Al noroeste de la ciudad de San Juan, el Valle de Iglesia nos invita a perdernos en sus rincones y descubrir un paisaje cordillerano lleno de historia. Cuando te sumergís en sus encantos encontrarás todo tipo de elementos para no querer irte jamás. Hay sitios arqueológicos aborígenes, una capilla jesuita del siglo XVIII, la reserva de la Biósfera San Guillermo (el paraíso no boscoso de mayor extensión en América del Sur), aguas termales curativas, el dique Cuesta del Viento, entre otros atractivos imperdibles. Sin embargo, hay algo que lo distingue del resto de los lugares del mundo: la fuerza y la constancia de su viento. Durante más de trescientos días al año sopla a más de veinte nudos y modifica la morfología de su paisaje día tras día, jugando con la tierra, como si fuera un niño. El viento de Iglesia es un viento que habla, a veces con furia, otros susurrante pero siempre marcando la vida de las personas que habitan el lugar. Sobre todo, la fuerza del viento se ha mimetizado con las mujeres del departamento, con sus sueños, anhelos y silencios. Las mujeres de Iglesia son mujeres del viento, que surcan con constancia las dificultades de su entorno y moldean sus

vidas día tras día, en búsqueda de cumplir sus sueños.

En este libro te invitamos a sumergirte en las historias de mujeres valientes y poderosas, que creyeron en sí mismas y se animaron a desafiar estereotipos, rompiendo barreras, transformando con trabajo y esfuerzo, las adversidades en oportunidades para crecer, aprender y superar cualquier obstáculo para poder mejorar no sólo su vida, sino también la de sus seres queridos.

Las historias tienen un punto en común: sus protagonistas tuvieron infancias felices y, a pesar de sus carencias materiales, crecieron en familias amorosas que supieron inculcarles el amor por su tierra, por el estudio y por el trabajo honesto.

Son mujeres que inspiran, construyendo juntas una comunidad empoderada, fuerte y unida, alcanzando metas con dedicación y esfuerzo incansable. Son el ejemplo de cómo el trabajo arduo y la pasión pueden transformar sueños en realidades concretas. Cada paso que dan, cada desafío que enfrentan, es una manifestación de su voluntad inquebrantable, de dejan-

do su huella imborrable en su comunidad e iluminando con su perseverancia el camino para las generaciones venideras.

Son mujeres que aprendieron a expresarse y a escuchar lo que necesitaba su comunidad, que decidieron adquirir nuevas habilidades, que construyeron una red sólida para sentirse respaldadas e inspiradas en su camino, y que han logrado un equilibrio entre su vida laboral y personal, cumpliendo sus sueños, sin descuidar nunca su familia.

Las mujeres del viento siempre encuentran formas de volver a nacer. Este libro es una de ellas.

HISTORIAS



ANGUALASTO

Es un rincón de San Juan donde sus paisajes áridos y su cielo estrellado te transportan a un tiempo ancestral, mientras sus artesanos mantienen vivas las tradiciones de sus antepasados. Este lugar es conocido por sus talleres de alfarería, donde se crean piezas únicas utilizando técnicas ancestrales.

Un dato interesante sobre Angualasto, es su rica herencia indígena, con varios sitios arqueológicos que revelan la presencia de antiguos pueblos originarios.

RUDA HEMBRA

Historia de Iris Vega

Emprendimiento: Ruda Hembra

Mis padres, José y Josefina, o Pepe y Pepa, como les decimos todos cariñosamente, fueron pioneros aquí, en Angualasto. Él es sanjuanino, de Jáchal. Ella es italiana, vino a la Argentina a los ocho años. Cuando se conocieron se quedaron juntos para siempre. Los dos fueron maestros en el pueblo. Incluso, nuestra casa, donde hoy vivo, funcionó como escuela un tiempo. Ahora tienen setenta y seis y ochenta años respectivamente.

A veces, lo que tanto buscamos, lo tenemos demasiado cerca y no nos damos cuenta. No es fácil cambiar de vida en la mitad de la vida, pero a los cuarenta años recién cumplidos, puedo decir con satisfacción que lo logré. Volví a las fuentes, a mi pueblo natal, para encarar un proyecto agroecológico, creativo y sustentable en la finca de mi familia.

Antes de tomar esta decisión trabajaba para una consultora en la ciudad de San Juan, donde por la mañana se hacía noche procesando encuestas. Un día dije basta y regresé a Angualasto.



Mi casa natal estaba desocupada y volver significó poder elegir. Estoy muy agradecida de tener un lugar y un quehacer. Vivo en la finca con Tita, mi perra fiel, y con Gatita, mimosa como pocas.

Cuando volví a casa me propuse recuperar la finca, por lo que trabajo agroecológicamente las plantas, lo que significa darle a cada ejemplar su tiempo y su cuidado, podarlos con atención y nada de químicos. La finca es un vergel, con una sombra que parece de otro planeta en un ambiente de tanta sequía. El agua es de vertiente y llega por la acequia. En Angualasto, cada productor tiene asignados sus turnos de riego. En la finca contamos solamente con dos horas cada 15 días. Pero como la tierra es arcillosa, mantiene bastante el agua y andamos bien. Una la ve seca, pero si hacés un huequito, encontrás que abajo está húmedo.

Comencé a trabajar con los cuarenta y cinco membrillares que plantó mi padre hace medio siglo y con los que mi madre hacía el dulce más rico del mundo.

Con la probada receta familiar empecé por lo más tradicional de San Juan, el pan sólido de membrillo, luego decidí diversificar la producción, sumando a otras mujeres de la zona. Con Silvana, mi hermana melliza, que es enóloga, compramos uva de la zona y comenzamos a incursionar en el vermú, macerado con ajeno, cedrón, ruda y otras hierbas del lugar, y salió

magnífico.

El vermú es un aperitivo a base de vino blanco macerado con hierbas. Usamos más de 20 hierbas, todas de la precordillera, ajeno principalmente, pero también manzanilla, menta, cedrón, ruda.

Con mi hermana nos pusimos a pensar en cómo la vida del campo endurece a las mujeres. Aunque de la tarea agrícola se encarguen los varones, siempre hay que estar ahí con el temperamento fuerte. Después en la elaboración, cuando trabajamos con las chicas, todo fluye más relajado, charlamos, nos contenemos, nos ayudamos. Chicas con trabajo rudo, el vermú lleva ruda... el nombre estaba servido.

Hace casi dos años que comenzamos con nuestro emprendimiento, Ruda Hembra, y tiene tanta personalidad que se convirtió en la marca paraguas para nuestros otros productos.

Todo lo que hacemos es muy artesanal, muy cuidado. Siempre apostando a diversificar, pronto tendremos el primer vinificado de membrillo, una especie de sidra. Además, tenemos un vino de altura y un montón de planes para el futuro. Es muchísimo trabajo, pero vale la pena.



“Como emprendedoras, sabemos que el trabajo constante y la perseverancia son nuestras bases esenciales, que nos permiten convertir cada desafío en una oportunidad y cada aspiración en una realidad concreta”.

Iris Vega

MAMÁ, QUIERO SER COMO VOS

Historia de Soledad Díaz

Emprendimiento: Los mestizos

Nací en Rodeo y crecí en Angualasto. Mi papá trabajaba en Hidráulica. Cuando él iba a trabajar, nos quedábamos con mi madre, en nuestra casa que, con mucho sacrificio, construyeron con adobe y tapial.

No compartí mucho tiempo con mis hermanas por la diferencia de edad. Pasé más tiempo con mis hermanos varones. Aunque prefería a veces jugar sola o con algunos vecinos. Construí con adobe una pequeña casita para guardar mis juguetes, juntaba tierra y hacía comiditas de barro y hojitas.

Mi madre nos enseñó a mis hermanos y a mí a amasar y a cocinar para que pudiéramos defendernos en la vida cuando fuéramos mayores.

Terminé el secundario con mucho sacrificio, haciendo dedo para llegar a Rodeo, donde vivíamos en un albergue durante la semana.

Mis papás no tenían el dinero necesario para pagar una carrera universitaria. Pude hacer un curso de hotelería en Mendoza, donde

aprendí sobre cocina y limpieza. Además, conocí a mi esposo, oriundo de Tucumán, el amor de mi vida. Él también había tenido una vida muy sacrificada.

En un momento, la empresa ATA decide llamar a un grupo de personas que habían hecho el curso de hotelería. Me llaman para trabajar en Mar del Plata, como camarera. Después de un tiempo llaman a mi novio, quien luego sería mi esposo y decidimos comenzar una vida juntos. Al tiempo, me quedé embarazada de mi primer hijo. Fue todo un desafío porque aún no estaba en nuestros planes. Sin embargo, su llegada fue perfecta para restablecernos en un lugar y tener nuestra casa. A los veinticuatro años decidimos venir a vivir a San Juan, donde alquilamos una casa. Al pasar el tiempo y, con mucho sacrificio, pudimos construir nuestra casa, algo que nunca imaginamos.

Empezamos un emprendimiento, a hacer tortas y a ofrecer comida en general. A la gente le gustó y comenzó a pedirnos cada vez más. Fue ahí que me llamaron para formar parte del sector de la cocina en el Hospital de Rodeo.

A los tres años me entero de que estoy embarazada nuevamente. Decidí renunciar para dedicarme a mis hijos, muy feliz. Después me llamaron de Josemaría, para hacer un curso, donde aprendí muchísimo. Me ayudaron a armar un proyecto, comencé a valorar nuestros productos y servicios, fue un gran logro para mí.

Mi emprendimiento se llama "Los mestizos" porque sus padres, mi esposo y yo, somos de diferentes provincias y mis hijos, uno nació en Mendoza y la otra, en San Juan.

Me hace feliz cocinar y saber que a la gente

le gusta y valora mi producto.

Este emprendimiento no es solo mío, somos un equipo, mi familia.

Mi hija me dice: "mamá yo también quiero ser como vos", y ese es mi mayor logro.



AROMAS A INFANCIA

Historia de Violeta Diaz

Emprendimiento: La casa de Lucinda

En las vacaciones de verano mi madre me enviaba a la casona en los killalles de mis abuelos. Por las mañanas me despertaba con el canto de las urracas bien temprano. Desde la cama podía sentir el aroma a azafrán y anís proveniente de la cocina. Mi abuela Lucinda cocinaba las tabletas más ricas del mundo en su horno de barro, mientras mi abuelo Salvador la observaba y hacía chistes para que nos riéramos desde temprano. Cuando estaban listas, antes de que mi abuela lograra apoyar la bandeja de tabletas en la mesa, yo le robaba una. Acompañábamos el desayuno con leche recién ordeñada de las vacas que criaban en su campo. Esos días de infancia estuvieron repletos de buenos recuerdos.

Hoy en día cuando hago una tableta busco llenarla de momentos que me hicieron felices para transmitir el sabor de mis días de infancia en La casa de Lucinda.







BELLA VISTA

La armonía entre el hombre y la naturaleza se hace evidente. Este lugar es un paraíso para los sentidos, donde los aromas de la flora local y el canto de las aves acompañan cada paso del camino. Bella Vista se destaca por sus senderos naturales y miradores, ofreciendo vistas espectaculares del paisaje montañoso y oportunidades para el avistamiento de aves.

EL PAN DE CADA DÍA ME TRAE DULCES RECUERDOS

Historia de Carmen Mesina

Emprendimiento: Dulce recuerdo

Desde muy niña, nuestros padres nos enseñaron a mis hermanos y a mí, a trabajar para ganarnos el pan de cada día. Mi papá hacía muchas siembras en fincas grandes, que le entregaban los dueños para sembrar a medias. Así aprendimos a sembrar porotos, papas, maíz, lechuga. Él hacía los surcos con arado tirado por caballo o mula y yo iba detrás tirando las semillas. Cuando las plantas crecían, se desherbaba y luego venía la cosecha. Después limpiábamos las semillas de lechuga y poroto para embolzar y vender. Con el dinero que sacábamos de la cosecha en el año, se compraba mercadería para unos meses. Mi papá iba a la ciudad a buscar la mercadería y, como en esa época no había transporte, se trasladaba en carro o carreta, tirados por caballos o mulas. Así pasaron los años.



Luego me fui a vivir a la cordillera, a un paraje llamado Bauchazeta donde comenzamos a criar cabras, ovejas y vacas, hacíamos queso, quesillo, manteca de cabra y lo vendíamos en el pueblo o lo cambiábamos por mercadería.

Luego conseguí un contrato en la escuela albergue que había en el lugar, donde concurrían mis hijos. Allí hacía la limpieza, lavaba la ropa de los chicos que eran de distintos puestos (Puesto de Chita, de Pismantita). En ese lugar, con mi compañero de trabajo, Manolo, aprendí a cocinar para muchas personas, chicos y maestros que vivían en el albergue. Desde entonces y hasta ahora, me encanta cocinar, lo hago con mucha pasión y donde me llamen, voy a ayudar.

Lo que me marcó en la vida fue la llegada de mis hijos mellizos. No sabía que eran dos hasta que nacieron, por lo que al hospital sólo llevé ropa para un bebé y me encontré con dos.

Cuando volví a casa con los chicos, mi familia me dijo que no iba a poder criar a los dos, que debía darlos en adopción. Yo seguí adelante, criándolos como podía, sin mirar atrás y sin escuchar a nadie. Hoy mis hijos ya son grandes, están muy bien y yo soy muy feliz con ellos y con mis dieciocho nietos, que me alegran la vida cuando me visitan.

Hoy sigo con mi emprendimiento, y gracias a la ayuda de la empresa Josemaría, voy creciendo día a día con el dulce recuerdo que dejó mi madre cuando me enseñó a elaborar las tabletas

que vendo hoy en día.

Dulce recuerdo es el nombre de mi emprendimiento, que surge justamente del recuerdo de una tarde de verano en que mi mamá preparaba una masa para hacer unas ricas tabletas. El aroma a canela y anís me envolvía por completo.

Yo la miraba cómo hacía la masa, cómo calentaba el horno de barro, los ingredientes que utilizaba, para aprender de ella, para ser como ella. Esa tarde, una vez que estuvieron horneadas las tapitas, me invitó a ayudarla por primera vez a colocar el relleno de dulce de alcayota, mientras mi hermana mayor hacía el merengue a la luz del candil. Aquel día fue la primera vez que hice una tableta, pero no la última. Ese dulce recuerdo de mi infancia se ha mantenido en mi corazón y he podido transmitir la tradición de las tabletas a mis hijos, haciéndoles y enseñándoles a hacer, porque no sólo nos han alimentado, sino que, hoy en día, también se convirtieron en el sustento económico de nuestra familia.

En Dulce recuerdo hacemos tabletas como las de mamá, dulcemente inolvidables.



LA RECETA PARA TODOS LOS PROBLEMAS ES SIEMPRE EL TRABAJO

Historia de Sabina Cabello

Emprendimiento: Lavadero Bella Vista

De chica amaba jugar con mis hermanos, mis primos, visitar a mis abuelos, compartir en el campo con los animales, pero lo que más amaba era que mis abuelos me contaran sus historias. Siempre les preguntaba ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? y así los tenía hablando durante horas, contándome historias de su infancia, del campo, del pueblo. Contándome la vida maravillosa que tuvieron.

A mí me gustaba mucho ayudar a mi familia y compartir con ellos. También, amaba ir al colegio, compartir con mis compañeros, estudiar y tener mis tareas al día.

Cuando estaba en casa, ayudaba a mi madre. Las conversaciones que teníamos marcaron una parte de mi vida. El comprendernos y escucharnos era un placer hermoso.



Recuerdo también cuando llegaba la hora de jugar con mis hermanos y mis primos, ¿quién no lo hizo?, era espectacular, aunque a veces no nos entendíamos o nos cansábamos y entonces peleábamos, nos íbamos a casa y al día siguiente nos volvíamos a juntar como si no hubiera pasado nada.

Mi añorada infancia, a veces buena, a veces no, niños que por momentos queríamos ser grandes sin darnos cuenta de lo bella que era esa etapa de nuestra vida. Tengo recuerdos hermosos y otros no tanto, pero junto a mi familia valió la pena disfrutarlos.

Al crecer me encontré con la vida y sus dificultades reales. Mi mayor desafío fue ser madre, cuando tuve a mi hijo quedamos ambos internados. Cuando me recuperé estuve día y noche rezando y luchando para que él se recuperara. Estaba lejos de casa, sola y eso hizo que me valiera por mí misma. Aprendí mucho de las personas que se encontraban en la misma situación que yo, la lucha para que su hijo esté bien. Ese tiempo fue fundamental para fortalecer mi carácter y convertirme en la mujer resiliente y luchadora que soy.

Hoy con mucho placer puedo compartir mi vida con mi hijo, llevarlo a la escuela, verlo crecer y eso no tiene precio alguno. Quiero ser el mayor ejemplo positivo que pueda tener.

Es por eso que cuando en la pandemia empezó a complicarse la economía familiar,

le propuse al padre de mi hijo comenzar con un emprendimiento nuevo: un lavadero de autos, motos y bicicletas en Bella Vista.

Comenzamos con autos de conocidos y, con el boca en boca, fuimos creciendo hasta lograr que sea un gran sustento para el hogar.

Como todo emprendimiento, tiene sus días buenos y malos. Sin embargo, la receta para todos los problemas es siempre el trabajo. Eso fue lo que aprendí de mi mamá y que hasta el día de hoy lo sigo llevando a la práctica en mi vida, buscando ser también un ejemplo para mi hijo.

Hoy, al mirar hacia atrás, reconozco que cada experiencia, cada desafío y cada momento compartido con mi familia han sido fundamentales en mi vida. Desde las risas de la infancia hasta la lucha por superar adversidades, todo ha contribuido a forjarme como la persona que soy. Me siento agradecida por cada lección aprendida y por el amor que siempre ha estado presente, y sigo adelante con la firme convicción de que, a través del trabajo y la resiliencia, puedo construir un futuro brillante para mi hijo, honrando así la herencia de mis abuelos y el legado familiar que siempre me ha inspirado.

MIS HIJOS SON MI DULZURA

Historia de Vanesa Espejo

Emprendimiento: Mis Dulzuras

Recuerdo haber tenido una infancia muy bonita. Desde muy chiquita me gusta la pastelería y la cocina, recuerdo cuando jugaba con mis

primos y una tía, que yo les preparaba tortitas de barro, las decoraba con flores de membrillo y acacias.

Ahora de grande, me sigue gustando la pastelería y la panadería. Tengo un emprendimiento, Mis Dulzuras, llamado así por mis hijos. Acá elaboro las famosas tabletas con dulce de leche y alcayota, medialunas, pan casero y semitas con chicharrones. Además de la pastelería y la panadería, también elaboro dulces y salsa.





“Emprender no es un camino fácil; implica trabajar largas horas, enfrentarse a la incertidumbre y superar numerosos obstáculos, pero la satisfacción de ver tus sueños convertirse en realidad hace que todo valga la pena”.

Vanesa Espejo

MAMÁ, VAMOS A HACER TABLETAS

Historia de Viviana Mondaca

Emprendimiento: La casita del sabor

Mi infancia no ha sido la mejor, fue muy difícil. No tuve tiempo para jugar, ni para compartir con mi familia.

Mi mamá un día nos abandonó, nos dejó con mi abuela, quien, como no podía hacerse cargo de nosotros, me dejó en la casa de una familia para que trabajara. Tenía cinco años. Viví con ellos hasta los doce, porque mi mamá me vino a buscar. Para mí, ellos eran mi familia, por lo que sufrí mucho cuando tuve que dejarlos. Mi mamá me mandó a trabajar a distintas familias. Algunos patrones me mandaban a la escuela y otros no.

Cuando cocinaba, me olvidaba de todo lo malo.

Terminé la primaria ya de grande, cuando una maestra me ayudó a hacerlo.

A los dieciocho años nació mi primera hija.

Me aferro mucho a mis hijos. Hay quienes me dicen: Mandá esas niñas a trabajar. Yo nunca

quise porque no me gustaría que pasen por lo que yo pasé.

Una de mis hijas me enseñó a hacer tabletas y tortas.

A mis cincuenta años, en una tarde hermosa de verano estábamos en casa junto a mi hija Vanesa y mis nietos. “Mamá, vamos a hacer tabletas” me dijo. Al principio me negué, pero el aroma que se desprendía de la cocina me llamaba a unirme a ellos y querer saber cómo prepararlas. Ella me enseñó toda esa tarde y para la noche ya había hecho mis primeras tabletas.

Desde aquel día, cocino en casa tabletas y las vendo. Son mi sustento y mi pasión. Mi emprendimiento, comidas y dulces, me encanta, la repostería me permite pasar tiempo con mis hijos y nietos.

Cuando preparo una tableta recuerdo que nunca es tarde para aprender y que los hijos vienen siempre a enseñarnos. Cuando mis clientes prueben una tableta de La casita del sabor, me gustaría que sientan el valor de su infancia y el amor que tengo por mis hijos.

Me encanta la repostería y, gracias al impulso y al apoyo de la empresa Josemaría y de la red de mujeres emprendedoras, comencé mi emprendimiento de comidas y dulces.

Lo que más disfruto en este momento es pasar tiempo con mis hijos y nietos. Con ellos he recuperado parte de mi infancia.





LAS FLORES

Te recibe con sus campos fértiles y la hospitalidad de sus habitantes. Los sabores locales son un testimonio del amor por la agricultura y la tradición. Las Flores es famosa por su producción de frutas y verduras.

LAS ENSEÑANZAS DE MI ABUELA

Historia de Analía Espejo

Emprendimiento: Doña Lucila

Nací en Tambillo, un pequeño pueblo que pertenece a Bella Vista, me crió mi abuela y desde muy chica me enseñaron el oficio de tejer porque “esto de las lanas es muy bello” decía mi abuela. En mi hogar teníamos que limpiar la lana para después ir a jugar. Había que ayudar con la economía de la familia. Toda mi vida fue un trabajo, ya más grande para tener mi dinero, yo hilaba con mi abuela la lana a medias y ella tejía.

Después de que me casé, heredé las herramientas y el telar, que tiene más de cien años de antigüedad, es muy casero todos palos comunes, pero con un valor incalculable y que hoy es nuestro sustento familiar.

Al principio comencé tejiendo sola, siguiendo los consejos de mi abuela, pero un día mi esposo quedó desempleado, eso nos llevó a unirnos más y a encontrar una pasión familiar. Él es quien hoy, junto a mi hija, me ayuda a tejer y juntos formamos nuestro emprendimiento Doña Lucila, en honor a la abuela que me crió y me enseñó este oficio tan hermoso.

A pesar de los vaivenes de la vida, me siento muy feliz de mi infancia, de poder mantener esta tradición y poder vivir de ella. Más aún de poder compartirla con las personas que más amo. Además, hace un tiempo, tras la aprobación de un proyecto nacional, reconocieron nuestro trabajo como maestra artesana nacional con una beca para poder enseñar nuestro oficio. Eso me demuestra que estamos en el camino correcto y que las enseñanzas de mi abuela Lucila siguen llegando a más personas. Ella estaría orgullosa de mí y de dónde ha llegado su oficio tan preciado. Después de tantos años puedo decir que soy una mujer perseverante, luchadora, paciente, colaboradora, guapa y predispuesta. Mucho de eso es por el legado que dejó mi abuela en mí y en mi trabajo, legado que espero compartir con las generaciones futuras.





MI TRABAJO ESTABA ESCONDIDO EN EL RINCÓN DE MIS SUEÑOS

Historia de Estela Carbajal

Emprendimiento: Cotillón y artesanías Rincón de Sueños

Nací en Mendoza. Tuve una infancia feliz, me la pasaba jugando, haciendo cosas divertidas, que me encantaban, como patinar, estudiar, leer libros. Vivíamos en un barrio en Luján, donde tenía muchos amigos. Recuerdo los carnavales chayando con los vecinos del barrio.

Mi papá falleció cuando yo tenía seis años. En ese momento, mi mamá empezó a trabajar, nos sacó adelante, nos inculcó buenos valores.

En el terremoto de 1985, lamentablemente, se cayó nuestra casa, por lo que tuvimos que dejarla. Mis tíos y abuelos nos fueron a buscar y vivimos un tiempo en la casa de mi abuela en la ciudad de San Juan. Luego le ofrecieron a mi madre un trabajo en el departamento de Iglesia y nos mudamos nuevamente. Con el tiempo, mis hermanos y mi madre volvieron a la ciudad,



yo no volví porque en ese tiempo conocí a quién hoy es mi esposo, decidimos casarnos y vivir en este departamento que amo y donde nacieron mis dos hijos.

Estudié artes industriales con la idea de enseñar, de dar clases. Sin embargo, en Iglesia nunca encontré trabajo en este rubro. Empecé a hacer adornos de tortas para mis hijos, algunos parientes y luego como me di cuenta de que le gustaban a la gente, comencé a hacerlos para vender. La verdad es que me va muy bien, tengo muchísimos clientes. Trabajo también mucho con los jardines de infantes haciendo distintos trabajos para las fiestas de fin de año.

También estudié arte con sal, pintura, decoración de eventos. Luego estudié diseño gráfico. Empecé a armar piñatas, cotillón, bolsitas para souvenirs, totalmente realizados a mano, personalizados, diseñados por mí desde cero. También hago tarjetas impresas, diseño logos para empresas.

Y, ya de grande, comencé a hacer artesanías, algo que me encanta.

La empresa Josemaría me abrió mucho la cabeza, me ayudó a pensar diferente, me enseñó muchas cosas, como por ejemplo cómo poner el precio a mis productos. También me conectó con gente nueva, emprendedoras con diversas historias de vida, y me ayudó a realizar alianzas con otras emprendedoras, por lo que estoy muy agradecida.





EL ARTE DE TOMAR DECISIONES

Historia de Laura Aciar Ruíz

Emprendimiento: Atelier Las Flores

En mi niñez disfrutaba mucho la compañía de mi abuela paterna, quien, en su casa y con mucho amor y dedicación, me enseñaba a realizar pequeñas cadenas a crochet o a montar puntos en dos agujas. Ella no podía ver que

estuviera sin hacer nada y esa era su forma de mantenerme ocupada.

En su casa disfrutaba mucho, era un festejo saber que el viernes me iba a su casa, a 20 km de la ciudad cabecera de San José de Jáchal.

Con ella aprendí, junto a mi hermana, el arte de tejer y también el proceso para elaborar mermeladas. Recuerdo con cierta nostalgia cuando, junto a mis hermanos, cosechábamos las frutas que luego se transformaban en panes de membrillo o mermeladas; las enormes pailas de cobre al fuego con las cucharas largas de madera, haciendo magia.



Estoy convencida de que las cosas que nos suceden en la vida, no suceden por casualidad.

Tres momentos marcaron mi camino para llegar hasta hoy: el primero, cuando entré a trabajar en el restaurante que está dentro de la Bodega Escorihuela, el restaurante 1884, propiedad de Francis Mallman. En ese entonces, yo no tomaba en cuenta la magnitud del lugar donde estábamos trabajando. Con el tiempo me di cuenta de que era un chef super conocido a nivel no solamente provincial, sino también nacional e internacional. Tenía muchísimos restaurantes por todos lados.

Eran épocas muy lindas en las que trabajábamos de sol a sol, por decirlo así, porque llegábamos tarde, madrugada, volvíamos a mi casa, mientras nos bañábamos, se lavaban los uniformes en el lavarropa, los colgábamos, centrifugábamos, armábamos otra vez la mochila y de nuevo al restaurante, porque teníamos otro evento. Si teníamos que cargar, correr, lo hacíamos con gusto y satisfacción, no solamente por lo que nos pagaban, sino porque nos gustaba.

El segundo momento es cuando decidí dejar Mendoza. Me fui a Uruguay a un restaurant de Francis, que se llamaba Garzón. Quedaba en una posada en Garzón, un pueblito cercano a José Ignacio, me fui con el que en ese momento era el jefe de cocina de 1884. Después de la temporada, antes de volver, pasé por Río de Janeiro, donde vivía mi hermano, para tomarme

vacaciones. Vacaciones que se transformaron en un año de experiencias trabajando en la pastelería que tenía en Río. Hermoso, era una escuela de arte donde él había puesto un cafecito. Desayunaba con el Cristo Redentor frente a las ventanas, peleaba todos los días con los monos, que se descolgaban por un cable hacia la ventana y me robaban la comida. Viví durante un año una experiencia que marcaría mi vida, viví en lomas llenas de árboles, en una zona selvática, logré que los brasileros amaran el pan casero y probé de los mejores cafés del mundo.

El tercer momento es cuando decidí venir a vivir a Iglesia. Dejé toda una vida en Mendoza, desarmé todo el departamento porque en ese momento estaba viviendo sola y me vine, llegué a la casa de mis padres buscando sobre todo tranquilidad emocional y mental, porque no estaba bien. Muchos años viviendo a ritmos frenéticos de trabajo. Yo soy una persona que toma decisiones y no mira para atrás, va hacia adelante. Y hasta ahora, gracias a Dios, no me he equivocado.

Mi papá tiene un camping, entonces empecé a administrarlo, a tratar de tenerlo lindo, y fue ahí que conocí al hombre que es actualmente mi marido y con quien empecé a formar mi familia acá.

Desde el primer día que llegamos a la casa que tenemos en Las Fores, yo me dije, acá quiero poner un cafecito.

Ya viviendo acá, después de algunos trabajos en hotelería y turismo, decidí abandonar mi zona de confort y emprender con todo aquello que he aprendido de la vida. Creé Atelier Las Flores, un café que recibe con amor a sus clientes para ofrecerles un momento de desconexión. Una pieza importante de mi emprendimiento es que tengo conocimientos en servicio, como barista y pastelera. Además, hay un rincón donde pueden llevarse los productos que aprendí a hacer con las habilidades que me enseñó mi abuela, el tejido y la elaboración de mermeladas.

Mi marido fue una pieza muy importante, me ayudó a construirlo, me acompañó en todo el proceso con paciencia y amor, como también, con la fe que siempre tuvo y tiene en mí. Después apareció Josemaría, apareció mujeres en red, aparecieron capacitaciones, apareció la feria minera, apareció Soledad Méndez en mi vida, la cual también es un artífice de que yo pueda seguir adelante. Aparecieron las chicas de Efisol y lograron que yo ganara más confianza en mí. Hay una Laura antes de llegar a Iglesia y una Laura ahora. Una Laura que confía en lo que hace, que es más segura, que sabe que lo que hace es bueno, porque empecé a descubrir muchísimas habilidades y actitudes en mí, cualidades que estaban muy guardadas.



MÁS ALLÁ DE LO TANGIBLE: UN LEGADO DE SABORES Y COLORES

Historia de Iris Nancy Muñoz

Emprendimiento: Arco Iris

Durante mi niñez viví con mi mamá, mi abuela y mis hermanos, compartiendo momentos felices y otros no tanto. También tenía muchos primos con los que compartimos muchas cosas, como ir a la escuela. Siendo niña, los mejores recuerdos los tengo con ellos. Mi mamá era una mujer guapa, fuerte y luchadora. Sacó adelante a sus seis hijos y a mi abuela, que ya era de edad avanzada y estaba ciega a causa de un accidente. Juliana, mi madre, se levantaba muy temprano siempre, sobre todo en el momen-



to del año en que debíamos ir a la escuela, porque nos quedaba muy, muy lejos: dos horas de caminata, porque no había transporte. Ella trabajaba mucho, sufrió y se preocupó porque no nos faltara nada, y, desde pequeños, nos educó para que fuéramos personas honestas y de bien. Mis tres hermanos varones eran los mayores. Al ver a nuestra mamá trabajar y luchar tanto, a temprana edad comenzaron a trabajar para ayudar en la economía de la casa, trabajando en siembras, particularmente, y en otras

tareas. Yo ayudaba a cuidar a mi abuelita en lo que podía, la peinaba, dormía con ella.

Recuerdo que todos los días en la tardecita me enseñaba a rezar, íbamos hasta donde había una grutita, debajo de un algarrobo, con una imagen de la Difunta Correa. Los mejores recuerdos los tengo con ella. Aunque nos faltaron muchas cosas materiales, éramos muy felices. Lamentablemente un día, muy triste para mí, Dios se la llevó al cielo, dejándome un dolor y una ausencia muy profundos que aún hoy me conmueven. Mi consuelo es que mi abuela me cuida y acompaña desde donde se encuentra. Al poco tiempo de su fallecimiento, por ser la mayor de las hermanas mujeres, empecé a trabajar en casas de familia, convirtiéndome con el tiempo, en la niñera del pueblo, ya que cuidé a treinta y tres niños.

Agradezco a Dios haber podido conocer y acompañar a todos esos pequeños. También me siento agradecida con sus padres, por la confianza que pusieron en mí. Algunos años después conocí a quien fue mi compañero de vida; formamos una pareja y tuvimos tres hijos. Nuestra familia pasó por muchos momentos bellos, y también hubo dificultades, pero siempre tratamos de salir adelante. Nuestros hijos crecieron y los acompañamos en los distintos momentos de sus vidas de la mejor manera que pudimos, porque como padres tenemos aciertos y desaciertos. Recibimos el regalo de Dios de



nuestra primera nieta, Luna, que fue de mucha felicidad en nuestras vidas; al igual que nuestro segundo nieto, Valentino, que nació dos años después. Sin embargo, hace cuatro años la vida nos puso una difícil prueba en el camino. El fallecimiento de mi esposo fue un momento de mucha tristeza y dolor. También significó mucha incertidumbre y la aparición de varias interrogantes: ¿por qué nos pasaba eso tan repentinamente?, ¿qué debía hacer?, ¿cómo podía continuar en la vida? Aunque me costó encontrar las respuestas a esas preguntas, saqué fuerzas del hecho de que tenía a mis hijos y nietos para seguir adelante. Como la vida y Dios compensan nuestras penas y tristezas, hace un año tuve la alegría del nacimiento de mi tercera nieta, Galilea.

Hace tres años recibí una llamada en la que me preguntaban si yo hacía tabletas. Inmediatamente recordé mi infancia. “Hoy vamos a preparar tabletas”, dijo mi mamá una tarde y junto a mis hermanos observamos atentos cómo ella empezaba a preparar todo para hacerlas. Mi abuela, sentada en su silla la guiaba a la distancia.

Mi mamá en una batea colocó harina, agua, ralladura de limón y naranja, azúcar y azafrán para darle el color amarillo a la masa. En una paila había dulce de alcayota que se había preparado anteriormente. Una vez que preparó la masa, la dejó reposar y levar. Después las colocó

en el horno de barro para hornearlas.

El paso final era el merengue: en una olla se ponía azúcar hasta que se hacía almíbar, luego se le agregaba yemas de huevo que se batían hasta que la mezcla estaba blanca y bien espesa. Se colocaba el dulce entre las tapas, se las pintaba con merengue y se las dejaba secar para, recién ahí, probar esta delicia.

Respondí que sí. Me invitaron a participar de una reunión de mujeres que, como yo, realizan estas preparaciones. Empecé a participar de estos encuentros, donde conocí, y sigo conociendo a mujeres con distintas historias y formas de pensar, todas con deseos de superación y con mucha perseverancia. Además, tuve la posibilidad de conocer a distintos profesionales, especializados en distintas áreas, que nos brindaron sus conocimientos, para que nosotras los utilicemos y podamos llevar adelante nuestros emprendimientos, valiéndonos de nuevas herramientas que nos permitieron perfeccionar nuestros productos.

Hoy en día, las sigo realizando y me siento agradecida a quienes me enseñaron a prepararlas, porque las comparto con mis clientes y se han convertido en un gran aporte a la economía del hogar. Disfruto hacerlas porque cada vez que preparo una tableta siento las palabras de mi abuela a la distancia, veo las manos de mi madre guiándome para dar lo mejor de mí y el día se llena de colores, como un Arco Iris.

“Ser emprendedora requiere valentía, perseverancia y mucho trabajo duro, pero la emoción de ver cómo tu proyecto prospera compensa todos los retos enfrentados”.

Nancy Muñoz

UN MUNDO MÁS DULCE

Historia de Rosa Margarita Flores

Emprendimiento: La Margarita

Nací en Bella Vista. Viví con mi bisabuela, quien me crió y me enseñó todo lo que sé, porque, aunque mi mamá también vivía con nosotras, ella trabajaba mucho. Teníamos una casa muy humilde: el ranchito, ubicado justo al lado de un arroyo donde íbamos a jugar con mis hermanos. Mi abuela criaba cabras. Yo le ayudaba en todo lo que hacía: confeccionar medias, preparar cocho con trigo bien cortado y molido. Cocho que luego tomábamos con leche y también la acompañaba al campo a juntar leña. En aquel tiempo nosotros cambiábamos la leña por comida.

A mis doce años todo cambió. Ella se enfermó de cáncer en la garganta y tuvimos que mudarnos a la ciudad. Cada vez estaba más enferma, hasta que falleció. En ese momento, me quedé sola y empecé a transitar por las casas de los parientes. Durante mucho tiempo fue así, hasta que pude independizarme y formar un hogar. Tuve a mi hija primero y luego a cuatro hijos y una hija más. Sus nacimientos son los



momentos más felices de mi vida. Me gusta mucho festejar sus cumpleaños. Fue así que empecé a hacer tabletas, para la mesa de dulces de sus festejos. Aprendí a hacer tabletas para que mis niños vieran un mundo más dulce.

A la gente le gustaban mucho así que comencé a venderlas. Hoy son la comida preferi-

da de mis hijos.

Mi emprendimiento se llama La Margarita, por mi segundo nombre. Además, hay una frase que dice que, para despejar las dudas en el amor, nada mejor que deshojar una margarita.

Para despejar las ganas de algo dulce, nada mejor que probar un producto de La Margarita.





RODEO

El cielo se une con las montañas, y el Dique Cuesta del Viento refleja la grandeza del paisaje sanjuanino. Este lugar es un refugio para los amantes de la aventura y la serenidad. Rodeo es conocido por ser un destino ideal para la práctica de deportes acuáticos como el windsurf y el kitesurf debido a los fuertes vientos que soplan en la zona.

DECISIONES QUE NOS INVITAN A CRECER

Historia de Carla Andrea Meglioli

Emprendimiento: Mamacha, tejidos naturales - Finca El Martillo

Vengo de una familia numerosa, así es que mi recuerdo más lindo es de los días domingo cuando nos veíamos con mis primas en la casa de mi nona Clotilde. La mesa era muy larga y a los niños nos mandaban a comer a una mesa separada de los demás porque no entrábamos y ahí empezaban la charla y las risas. Nos escapábamos antes de que terminaran de almorzar para meternos en la pileta. Cuando se daban cuenta, nos retaban, nos decían que había que esperar para meterse porque antes había que hacer la digestión. Me parece que era porque los adultos se querían ir a dormir la siesta y no tener que quedarse a mirar tanto niño, jaja.

Mis padres tenían un local para alquilar en el centro de San Juan. Cierta día acompañé a mi mamá a cobrar el alquiler del mes y en el escritorio había una tarjetita: “TALLER DE TELAR”, clases particulares, el nombre de la profe y un teléfono (fijo, obvio).

- ¿Puedo anotar los datos de esta tarjeta?

-Sí, ¡claro! La profe es amiga, te la recomiendo, vino de Río Cuarto a vivir a San Juan. ¡Es muy buena tejiendo!

A la semana ya estaba inscripta y asistiendo a las clases de telar que me abrieron un mundo nuevo. Me anoté con mi hermana Carola y enseñada empezamos a enrollarnos en urdimbres, hilos y lanas que la profe Inés nos transmitió con todo su amor, paciencia y sabiduría de tejedora campera. ¡Me quedé alucinada! Yo sabía tejer a dos agujas, pero esto del telar era otra cosa. Las infinitas posibilidades para crear, los materiales, los tamaños, los colores de las lanas, los bastidores. ¡Mi pasión desde los veinte años!

El mayor desafío que tuve en mi vida fue vencer mi timidez, siempre fui retraída y llorona, me hablaban fuerte y me largaba a llorar, tal vez muy sensible. Mi mamá siempre cuenta que me escondía detrás de la puerta cuando llegaban visitas a la casa. Lo fui superando a través de los años haciendo infinidad de actividades, tal vez es mi luna en géminis que me despierta la curiosidad y el gusto por aprender cosas nuevas. Me di cuenta de que, si no lo superaba, me quedaba fuera de un montón de experiencias que no me quería perder. ¡Hice danza, guitarra, andinismo, inglés, gastronomía, fui promotora, docente, vendedora por catálogo, modelo, organizadora de eventos, estudiante universitaria cuatro veces y un montón de cosas más y todas, absolutamente



te todas, actividades que me daban miedo!

Ahora miro hacia atrás y agradezco no haber desistido en los intentos por superar mi timidez. Ya somos muy buenas amigas.

Hoy en día mi éxito tiene que ver con despertarme todos los días y ver que mis hijos y yo somos felices, con que aún mis padres están

vivos y tengo una familia grande y en paz.

La misma familia que durante veintidós años me apoyó para llevar adelante mi restaurante de campo, en la Finca El Martillo, del cual me siento muy orgullosa. Tuve que sortear infinidad de obstáculos de los más variados tonos (crecientes que se llevaron la producción

de truchas, peleas con empleadas, clientes alterados, dificultad en los cobros, proveedores irresponsables, etc.) pero que supe afrontar y eso permite que hoy el restaurante continúe en las manos de mi hijo mayor, Juan Francisco, con la misma dedicación y pasión que le pusimos desde el primer día.

Hoy, mi casa está siempre llena de jóvenes amigos de mis tres hijos, la mesa sigue siendo muy larga los domingos y, aunque no hay pileta,

el cariño entre los primos persiste junto a la memoria de mi querida nona Clotilde.

Mi hija siempre comenta que sus amigas me quisieran tener de madre, esto es porque yo le aconsejo que estire lo más que pueda la etapa de la universidad porque después la vida cambia, nos vemos obligados a tomar muchas decisiones que a veces son difíciles y no nos queda otra alternativa que crecer. ¿No?



LA EDUCACIÓN ES LA SOLUCIÓN A TODOS LOS PROBLEMAS

Historia de Cecilia Vedia

Emprendimiento: Instituto Educativo Iglesia

Nací en Angualasto, donde viví hasta los veintitrés años con mis papás y dos hermanas mayores, con una marcada diferencia de edad entre ellas y yo, por lo que, de pequeña, siempre jugaba con mis primas Andrea y Mariela.

La casa paterna estaba ubicada en la entrada a una gran finca que tenía varios parrales, en donde mi padre cosechaba la uva y luego elaboraba vinos. Además, en mi casa solíamos tener todo tipo de animales domésticos, los cuales debíamos ayudar a cuidar. En los momentos libres, podía jugar con primos de mi edad.

Cuando estaba en sexto grado de la primaria, una compañera se iba a estudiar a Jáchal y me invitó. Yo pedí permiso para ir y allí comencé una vida diferente.

En aquellos años no era tan importante estudiar la secundaria, por ello, mis hermanas no tuvieron la oportunidad de hacerlo. La única

escuela secundaria que había en el departamento estaba en Rodeo y mi papá no les permitió asistir.

Yo tuve la suerte de poder ir a la secundaria. Viajaba pocas veces en el año escolar a mi casa. Sólo algunos fines de semana podía visitar a mi familia. Allí, en Jáchal, vivía con mis tíos y asistía a la Escuela Normal, en la sección comercial.

Cuando estaba en quinto año de la secundaria, mi papá, que siempre trabajó en relación de dependencia en una finca, se enfermó del corazón, por lo que tuvo que ser operado y su recuperación llevó un largo tiempo.

En ese momento tan difícil para mi familia, murió el patrón, dueño de la finca, por lo que quedaron sus hijos a cargo. Comenzó una relación conflictiva con mi papá que, lamentablemente, al no poder trabajar como lo hacía antes, nos quitaron la casa donde me crié y debimos irnos a vivir a una casa prestada por un familiar.

Yo pensaba estudiar una carrera universitaria, pero, con los hechos sucedidos y sin contar con dinero, decidí continuar el profesorado de nivel primario en la Escuela Normal de Jáchal.

Allí me recibí de maestra de grado en junio y al año siguiente tomé un cargo de maestra suplente en la Escuela Albergue Paso de los Andes en Malimán. A los dos meses de trabajar allí, quedé como interina en mi cargo. En este

lugar trabajaba con un régimen de veinte días corridos por diez días de descanso.

Comencé mi carrera docente a los diecinueve años, estuve siete años en el albergue y, al formar mi familia, decido trasladarme a otra escuela y así poder estar más tiempo con mis hijos mellizos y mi esposo.

Logré trasladarme a la escuela cabecera Provincia de Santa Cruz en Rodeo, donde me desempeñé durante veintiún años.

En mis últimos años en la docencia, comencé a ayudar a niños con sus tareas escolares, hasta que en octubre 2020 me llegó la jubilación. Seguí trabajando en mi casa dando clases de apoyo escolar. Allí nació la idea de instalar un lugar para este tipo de tareas con dos compañeras docentes. Al instituto lo llamé “Camino libre” porque era como allanarles el camino a los chicos que tenían dificultades en el aprendizaje con nuestra ayuda. Luego, lo cambié por Instituto Educativo Iglesia por ser el primero en el departamento.

En la actualidad, el instituto ha crecido mucho y deseamos brindar próximamente inglés para todas las edades y, por qué no, en un futuro, brindar educación primaria privada en el departamento.



QUIERO, PUEDO Y ME LO MEREZCO

Historia de Cristina Palacio

Emprendimiento: El Palacio de Cris

De chica disfruté mucho mi niñez, jugar con mis amigos y vecinos de mi misma edad, donde la creatividad en los juegos siempre estaba presente. Las risas se adueñaban de nuestras tardes.

Amaba y disfrutaba jugar en el fondo de mi casa, entre un frondoso sauce verde, en el que pasaba muchas horas con mi casita de muñecas, los tarritos, cajas y algunos juguetes, que eran el incentivo perfecto para ser feliz.

El desafío que tenía en ese momento era escaparme en la siesta para jugar con mis amigos y cuando la vida se ponía complicada me escondía en un hueco que había en el sauce verde, que hacía de casa y me acobijaba. Al regresar, empezaba el temor de encontrarme con el regaño de mi padre.

Mi padre, hombre de porte recio, estructurado y muy recto estaba chapado a la antigua, no quería que hiciera el secundario porque en esa época las mujeres se dedicaban a la casa.

A pesar de que tenía todos los medios, él no

me ayudaba económicamente. Entonces, yo salía a vender cosméticos, en la escuela, en todos lados y con lo que sacaba vendiendo, compraba libros, mi guardapolvo y útiles.

Estudí el secundario, me costó mucho, pero lo logré. En el camino se enfermó mi madre. Mis hermanos tenían su familia por lo que yo tenía que cuidarla. Fueron años de mucho sacrificio, pero me recibí siendo el mejor promedio de mi promoción. Gracias a eso me becaron para estudiar todo pago en la Universidad Católica de Cuyo, pero mi padre no me autorizó porque quería que siguiera cuidando a mi mamá. Perder esa posibilidad fue un dolor enorme para mí.

Sin embargo, eso me hizo más fuerte. Al año siguiente ahorré dinero haciendo algunos trabajos y le dije a mi padre: “me voy, quiero ser docente y me mudo a estudiar a Jáchal”.

Me fui una madrugada con lo mínimo, unas sábanas, alguna ropa mía, algunos cuadernos, y sin el saludo de mi padre, pero con lo máximo que podía tener, la bendición de mi madre. Ella siempre me apoyó para que yo siguiera estudiando. Me decía: "Yo te acompaño a la distancia, contá conmigo siempre". Además, yo sabía que Dios me iba a ayudar.

No tenía plata para alquilar una habitación. El primer año me hospedaron unos tíos. El segundo año, ya pude alquilar con una amiga de Rodeo que fue a estudiar a Jáchal una precaria



habitación de adobe. Estaba agrietada, llena de huecos en las paredes que tapábamos con bollos de papel para que no entrara el frío. La puerta tenía varias grietas que tapábamos con una bolsa de nailon agarrada de las paredes con chinches. Muchas veces tuvimos que comer, otras no.

Durante ese año me hice muy amiga de Betty Rubia. Cuando vio cómo vivía me dio cobijo en casa de sus padres.

Terminé entre los primeros promedios y me dieron la posibilidad de hacer residencia. Me convertí en la primera maestra jardinera iglesiaña. Cuando me recibí, volví a mi departamento. Hice una carrera docente de más de 20 años y hace 11 años que estoy jubilada. Tengo un gran compañero de vida y dos hijos maravillosos.

Sócrates dijo, “el conocimiento nos conduce a una evolución, a ser consciente de la realidad en la que vivimos y es el primer paso hacia la libertad individual y por tanto colectiva”. En ella, me veo representada gracias a mi perseverancia dando un giro a mi vida, y haber estudiado a pesar de muchas adversidades; mi salud, la oposición de mi padre y la enfermedad de mi madre.

Gran parte de lo que soy y de lo que tengo es porque me propuse estudiar a pesar de todo y no rendirme jamás. Y eso es algo que les transmito a mis hijos, estudiar y superarse día a día, que esto les dé la libertad justa para el camino de sus

vidas.

“Quiero, puedo y me lo merezco”, una frase que repetía y me repito constantemente.

En el 2020, acompañado de una pandemia que nos invadió, sin pensar, nació un desafío para mí, debía replantearme mis emprendimientos, pues era consciente de que por la situación no se podían sostener por mucho tiempo joyas y viajes. De a poco, aquel hueco en el sauce que hacía de casa se fue transformando hasta darle vida a El Palacio de Cris, un emprendimiento de tejidos artesanales en crochet, dos agujas, telar y bordado en fieltro, que paulatinamente va creciendo y en el cual puedo poner en práctica en mis trabajos la creatividad que tenía desde niña.

Hoy en día, ver que mis tejidos se van perfeccionando, que El Palacio de Cris va creciendo y que muchos trabajos son comercializados fuera del departamento de Iglesia, son cosas que generan gran satisfacción en mí. ¿Mi fuerte? Los pesebres tejidos a crochet, que, con mucho amor en cada puntada, estoy segura que llevan mucha paz y ternura a cada hogar.

Ahora, en mi capítulo de emprendedora, sigo tejiendo sueños con hilos de experiencia. La labor de enseñar no se detiene, solo toma nuevas formas. ¡Que cada hebra de esta historia continúe tejiendo un legado lleno de amor, creatividad y enseñanzas para los que vendrán después!



CORTAR, CONFECCIONAR Y SORPRENDER

Historia de Deolinda Esquivel

Emprendimiento: Maemig

Cuando era chica, tuve una infancia muy feliz, jugando al aire libre, atrapando mariposas junto a mis hermanos y alimentando un caballito que tenía mi papá. Vivíamos en una situación complicada desde lo económico. A mi mamá le donaban ropa y como solía ser grande, ella la reciclaba y nos vestía. Tomaba de molde nuestras prendas y a mí me usaba de maniquí. Ahí nació mi pasión por la costura, al ver el amor con el que mi madre cosía para vestirnos y darnos lo mejor.

Ella aprendió de su abuela, yo aprendí de mi mamá que fue mi primera profesora. Sin embargo, yo tuve la suerte de poder estudiar y recibirme en corte y confección.

A lo largo de mi carrera como modista me ha tocado enfrentar varios desafíos. Recuerdo una vez que tuve que confeccionar un vestido para una quinceañera. Fue duro porque era la primera vez que haría algo tan bello con mis

propias manos e imaginación. En ese momento dudaba de mi capacidad para confeccionarlo. Sin embargo, en ese momento aprendí que a las cosas que uno ve gigantes, no se les teme cuando la voz interior nos dice: “Sos capaz y lo vas a lograr”. Me enseñó a verme más poderosa y más segura a la hora de enfrentarme a un desafío de esa magnitud.

Hoy en día disfruto con mis hijos, limpiar mi casa, salir a tomar el aire puro y caminar grandes distancias, el amor de mi pareja, disfruto estar bien.

Me energiza saber que mis hijos dependen de mí. Despierta mi interés el concepto que tienen mis clientes de mi trabajo, me ayuda a darme cuenta de que les gusta lo que hago.

Mi vida siempre estuvo enfocada en lo que aprendí de niña: cortar, confeccionar y sorprender, primero a mí misma y luego a los demás.





HERENCIA MATERNA, UN LEGADO DE AMOR

Historia de Elsa Raquel Varela

Emprendimiento: Más que un objeto

Al recordar mi infancia, regreso a aquel tiempo donde colaboraba con los quehaceres de la casa; uno de ellos era cuidar las ovejas. Es así que, con sólo siete años, al llegar de la escuela, me cambiaba de ropa y me iba a cuidarlas. Muchas son las anécdotas que tengo, como cuando las ayudaba a parir cuando solas no podían, o a trasladar sus corderos recién nacidos desde el potrero donde pastaban hacia el corral. Algunas ovejas no aceptaban a sus crías, por lo que a varias de ellas las alimentaba con un biberón con leche; obviamente terminaban siendo las ovejas más mañosas y malcriadas de la manada.

Cuando los días eran cálidos y se dormía la siesta, era yo quien la omitía y, en cambio, me perdía entre los hilos y pisaderas del telar de mi madre mientras jugaba a ser artesana. Aún recuerdo los enredos que le provocaba en su telar, sus colchas a peine o sus ponchos. Fue así

que un día, que recuerdo como si fuese hoy, mamá se levantó y encontró gran enredo en sus tramas, ella no me regañó, en cambio me preguntó si quería aprender a tejer. Rápidamente y sin dudarle, con tan sólo siete años, le respondí que sí. Me explicó cómo se hacía: cruzar, tramar, descruzar, sin tirar la trama para no achicar, pero sin dejar demasiado suelto para que no se vea mal. Luego me enseñó a colocar los lizos, para lo que realizó un compás de caña para que el enlizado me saliera parejo y, muy de a poco, adquiriera la técnica hasta hacerlo bien sin usar el compás.

Con el paso del tiempo fui ayudando y adquiriendo nuevos aprendizajes, como realizar dibujos simples, mi primer trabajo completo en unas alfombras y luego, una faja.

Al ingresar al secundario, todo quedó relegado. Necesitaba concentrarme en mis estudios. Al terminarlos, realicé el profesorado de enseñanza inicial; maestra jardinera. Al finalizar el cursado me llega la noticia de que sería mamá. Fue duro, estaba lejos de casa, pero con la firme convicción de que daría todo por terminar mis estudios. Ese fue un momento en la vida que me marcó y enseñó que también sola se pueden lograr los objetivos planteados, y mi objetivo era recibirme, por mi hijo y por mí misma.

Llegó mi primera suplencia, luego mi interinato, años más tarde un traslado a otra

escuela donde pude incrementar un cargo más, con muchos chicos y obviamente mucho trabajo. Fue allí donde llega mi momento de éxito, una caricia al alma, un premio... ser elegida en 2018 como Maestra Ilustre de la Provincia de San Juan, viajando a Buenos Aires y compartiendo tan lindo reconocimiento junto a docentes de todo el país, con quienes, hasta el día de hoy, perdura la amistad. En una de tantas entrevistas que me realizaron los medios de la provincia y del país, me preguntaron a qué me dedicaría cuando termine la docencia, y con la misma seguridad que le dije a mamá que me enseñara a tejer a los siete años, respondí que retomaría el legado y las enseñanzas que me dejara mi madre: TEJER AL TELAR.

Mi curiosidad no terminó ahí, ya que me intrigaba mucho el tejido mapuche. Y cuando uno persigue anhelos, estos, en algún momento, llegan. En internet, durante la pandemia, había una convocatoria del Fondo Nacional de las Artes, con becas de capacitación en telar mapuche, me inscribí de inmediato, obviamente, y a los meses, cuando ya había olvidado ese formulario, me llegó un correo donde me comunicaban que había quedado seleccionada, una de diez a nivel nacional para realizar el curso online.

Hoy me siento orgullosa de saber tejer dos técnicas totalmente distintas y poder “jugar” mezclando hilos, con el firme objetivo de afian-



zar a la artesanía como un bien cultural, respetando la manera de elaborar los procedimientos y técnicas artesanales en los tejidos, los heredados por mi madre y los aprendidos.

En mi taller, junto a las prendas realizadas,

una fotografía de mi madre acompaña la vitrina, quizás buscando su compañía o quizás también su aprobación del trabajo que realizo.

Junto a su foto, su huso, con un hilado de vicuña sin terminar.



NUNCA UN NO COMO RESPUESTA

Historia de Giselda Castillo

Emprendimiento: Luly, comidas y repostería

Recuerdo el año 1992, cuando tenía sólo seis años y ocurrió un acontecimiento que cambiaría mi vida por completo y para siempre. En ese



momento mis padres decidieron mudarse de una ciudad a un pequeño pueblo llamado Rodeo, donde todo era diferente.

Un día llegamos a una casa que tenía un patio enorme y a su alrededor muchas habitaciones, ¡era fantástica para jugar! Por ese entonces, éramos tres hermanas. Las dos más grandes cuidábamos a la más pequeña, ya que nuestros padres tenían otras responsabilidades. Dos años después nació nuestro hermano. En ese momento, nuestros padres deciden empezar un emprendimiento para poder solventar los gastos de la casa. Mi madre preparaba pan, semitas y tabletas, y mi padre se encargaba de hornear y salir a vender a los vecinos. Mi hermana mayor y yo ayudábamos en la elaboración de los productos y también en todas las tareas de esa enorme casa en la que vivíamos.

A los trece años no sólo cuidaba a mis tres hermanos menores, sino que también era capaz de atender el enorme comedor que pusieron mis padres cuando ellos tenían otras responsabilidades. Cuando el comedor se llenaba, recuerdo correr a pedir auxilio a mi abuela que vivía ahí. Ella era la que me ayudaba cada vez que ese gigantesco comedor estaba a mi cargo.

Cuando comencé el secundario, que sólo era de turno tarde, mi madre en las mañanas preparaba pastelitos dulces y yo los vendía en cada recreo. Eran un éxito, nunca me quedaba nada.



A los dieciocho años decidí casarme con una persona maravillosa, a la que también le gustaba trabajar para superarse día a día. Unos años después de casados y ya con dos pequeños hijos, decidimos comenzar nuestro propio emprendimiento. En ese momento me di cuenta de que me tocaba empezar a preparar las recetas aprendidas de niña y comencé a vender pan, semitas y los famosos pastelitos que hacía mi madre. Desde ese momento no paramos. Pasamos por momentos difíciles, porque no es fácil ser emprendedor, pero tenemos claro que nunca permitiremos que un “no” nos detenga.

Desde hace ya doce años, “Luly”, nuestro emprendimiento familiar, no para de crecer. Ahora contamos con nuestro local y seguimos proyectando más en el futuro, siempre con mis tres pilares fundamentales: mi esposo, quien nunca me dijo que no y siempre acompañó cada idea que se me ocurrió, y mis dos hijos, quienes también pasaron a formar parte de este proyecto tan maravilloso.

Hoy, con treinta y siete años, puedo pararme en mi presente, mirar hacia atrás y decir que todo lo que viví desde los seis años valió la pena como aprendizaje para lo que ahora soy. Una mujer capaz de recibir un “no” como respuesta y, aun así, nunca bajar los brazos, porque estoy convencida de que los sueños se persiguen y se alcanzan cuando creemos en ellos.

SUEÑOS DE UNA NIÑA ASTRONAUTA

Historia de Gabriela Lauz

Emprendimiento: Gea biocosmética

Cierro los ojos y, como en un déjà vu, me veo en mi niñez, con mi familia, sonriendo, felices, rodeada de animales poco comunes. En mi casa tenía una granja en la que vivía “Tobby”, el conejo al que le gustaba mucho la yerba, un canario, “Pipo”, que andaba suelto y no se iba, una mulita muy inquieta que quedaba enganchada en las bocas de los sumideros porque no podía entrar. Por su parte, en el galpón convivían un perro dogo, que era un amor, y un carpincho bebé que le gustaba chuparse el dedo y tomar mamadera. En resumen, mi casa era una especie de arca de Noé.

Nací en Montevideo, Uruguay. Siempre fui una niña muy soñadora, quería ser astronauta, hablaba con la luna y sabía que había algo más allá. Pensaba que los extraterrestres vendrían a buscarme. Tuve la suerte de que mis padres motivaron mis locas ocurrencias y me dejaron crear y ser libre.

Un día, la niña astronauta que vivía en las nubes tuvo que bajar a la realidad. Con doce





años tuve que enfrentarme a la pérdida de mi padre y debí dejar de lado mi parte mágica y soñadora, y me convertí en una niña un poco más seria, con más responsabilidades.

Mi madre tuvo que salir a trabajar más y yo tuve que asumir y colaborar en la limpieza básica de la casa. Dejamos de visitar el mar en casa rodante como todos los veranos, que era algo que amaba, y comenzamos a pasar menos tiempo con amigos.

Fui creciendo, y a pesar de las dificultades de la vida, he sido una persona con suerte. Buscando sentido a mi camino pasé por muchas experiencias que fueron trascendentales para entenderme. Siguiendo la curiosidad de esa niña que quería ser astronauta me animé a viajar, a conocer lugares increíbles, a disfrutar de expe-

riencias de búsqueda espiritual y de sentido.

De grande, con una familia formada y viviendo en la ruidosa y acelerada Buenos Aires, tomamos la decisión de cambiar de aire, de buscar una mejor calidad de vida y nos mudamos a un pequeño pueblo de San Juan.

Siempre fui guardiana, cuidadora de la naturaleza y los animales, al mudarme a Iglesia me encontré entre otras cosas muy positivas con mi niña interior. La que nació y vivió rodeada de naturaleza y paz. Donde quiera que voy, hago de ese lugar mi casa. Me encanta estar en la naturaleza, compartir momentos simples, estar en silencio, escuchar el viento, ver crecer a mis hijos y saber que son personas que persiguen sus sueños.

En este contacto con lo natural, nació mi necesidad de colaborar con mi entorno. Decidí crear mis propios jabones naturales con lo que me ofrece la naturaleza de Iglesia, así nace Gea (tierra en griego), un producto diferenciado, con el plus de estar colaborando responsablemente con el cuidado de la naturaleza y con la comunidad.

Elijo cada día este camino, sé quién soy y por ese motivo la vida me lleva a poder compartir este sueño y también de crear, una habilidad que desde pequeña cultivaron mis padres en mí.

Dicen que en la vida hay que tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol. Tengo la fortuna de poder haber realizado todo.

LA TAREA ESTÁ CUMPLIDA

Historia de Johana Pick Pontoriero

Emprendimiento: Ukara cerámica

Miro a través del vidrio, mientras sostengo el mate entre las manos. Lo tomo lentamente y disfruto con la mirada traspasando el entorno. Veo a esa muchacha verborrágica, amigable, extrovertida, que fui, llegando aquí con una coraza de desparpajo y valentía, que no eran tales.

Rodeo... Mi lugar en el mundo.

Este mundo tan mío, que costó mucho esfuerzo, lágrimas, risas y suspiros, dudas e incertidumbres.

Mi lugar en el mundo que, sin querer, encontré aquí.

Durante la infancia, iba y venía de Córdoba a San Juan. En Albardón me esperaba la algarraba de los veranos y vacaciones. San Juan me aguardaba ya en ese entonces con la casa llena de abuelos, primos y tíos. Cada verano sentía el tirón de los afectos, las risas y los juegos.

Tantos recuerdos, experiencias, risas, encuentros y despedidas, aprendiendo que los

sueños de la infancia son la travesía que acompaña, marca, empuja, motiva y fortalece. Aceptando que no todas las despedidas son hasta el próximo verano, algunas nos dejan un gran vacío difícil de llenar.

Y en este transitar con la urgencia de la adolescencia, aun sin entender lo extremo, concreto y confuso de determinadas palabras como tiempo, futuro, profesión. Cuando terminé la licenciatura en Producción de Bioimágenes, un primo trabajaba en Rodeo y me dijo que había un puesto que se abría en el hospital. Decidí sin certezas, pero sin dudas, mandar todo lo necesario para venir a este sitio, este rincón en el mapa que me vio crecer, me sostuvo cuando parecía que iba a caer, me alentó entre lágrimas, cuando el amor se apareció en mi puerta y entró sin ser invitado. Aún con la extraña sensación de no estar de pie, de no sentirme completa, me acompañó con el paso del tiempo, al ritmo del tic-tac del reloj vigilante guardián de las horas, a mantener firme la vista hacia adelante y fuerte el paso, marcando la huella.

A través de la ventana puedo ver con gran satisfacción cuánto he logrado, mientras resuenan en mi memoria las risas de la infancia, recuerdos que van fortaleciendo el alma, siento el pecho lleno de orgullo y amor.

Estoy donde quería estar. Un torbellino de sentimientos encontrados fueron modelando, casi sin darme cuenta, la historia de mi vida.



Y aquí reconozco cómo fui logrando cada cosa que parecía imposible y aun así continué día a día superando cada momento de inquietud, de inseguridad.

Así creciendo y aceptando reconocí en mi compañero de vida que todo aquello que tenía por delante, se podía de a dos y cuando el temor de la maternidad se abalanzó sobre nuestras vidas, supe de inmediato que mi historia tenía otro matiz, meses que pasaron fugaces algunas veces, eternos en otras ocasiones, trajeron junto con la llegada de nuestra hija, la dicha y el temor de ser padres, de iniciar la propia familia, del temor a equivocarse, de repetir historias, de no saber cómo calmar el llanto de esa pequeña.

Me inicié con un negocio de artesanías con la idea de vender cosas del lugar. Me costó muchísimo. Hasta que empecé a hacerlo por mi cuenta. Hoy hago cerámica y vitrofusión.

Aquí y ahora, en calma, sentada en una cómoda silla, sosteniendo entre las manos el mate, el mismo que durante largas noches se transformó en compañía, puedo alzar la voz y decir sin temor a equivocarme,

“LA TAREA ESTÁ CUMPLIDA”

Cada paso, cada error, cada acierto me mantiene firme, altiva, orgullosa viendo mi reflejo a través del vidrio sonriendo.

Satisfactoriamente digo sí vida... aquello que tanto costó, lo tremenda que parecieron entonces las decisiones, hoy son los mejores

aciertos.

Y... Sí... Esta soy.

Una valiente mujer, orgullosa profesional, imperfecta y amorosa madre, entendiendo que la vida no es más ni menos que mirar el camino recorrido a través del tiempo, detrás del cristal de la ventana, sosteniendo el mate entre las manos y una sonrisa dibujada en el rostro.



LA VIDA ESTÁ EN EL VIAJE

Historia de Lala García

Emprendimiento: El Viejo Carretón

Cada vez que viajo de Iglesia a San Juan o viceversa, en algún punto de la ruta me emociono, se me caen algunas lágrimas y me agarra

una sensación de ser un poco de allá y otro poco de acá, de una vida que se transformó en un viaje constante.

Tuve una infancia feliz, una familia grande, seis hermanos, una vida muy familiar. Recuerdo momentos que rozan lo perfecto, viajes en familia a la playa, construir castillos y formas en la arena hasta que el sol se pusiera en el horizonte, jugar como si no hubiera un mañana. Pero a veces el mañana llega y no es tan idílico como



queremos.

Tuvimos una época difícil. Mi papá se enfermó y fueron muchos años de acompañarlo. Ya de grande quise estudiar para ser maestra jardinera, a pesar de que desde mi entorno esperaban otra cosa de mí, resistí al deber ser y me formé en lo que disfrutaba mi ser, lo que fue mi vocación desde muy pequeña. Me recibí de maestra jardinera y pronto conseguí mis primeros trabajos.

En esa vida fantástica que llevaba, muy dinámica y divertida, mi novio, hoy mi marido, empezó a soñar con un hermoso proyecto de hacer cabañas en las fincas abandonadas de sus abuelos en Rodeo.

Así fue que un fin de semana me llevó a un gran descampado lleno de malezas y con un viejo carretón abandonado. Allí me dijo: “En ese carretón viajaban mis abuelos a San Juan. En este lugar que me dejaron vamos a construir nuestro sueño”.

Trajo un tractor y una desmalezadora y arrancó con el proyecto. El sueño comenzó a tomar forma y él se vino a vivir a Rodeo. Yo seguí trabajando en la ciudad y venía los fines de semana a ayudarlo. Hasta que un día del año 2000 dije: “Me voy”. Y me vine, nos casamos y quedé embarazada.

Ahí comenzó el desarraigo constante. El hecho de sentirme más de acá, la ciudad y poco de allá, Rodeo. Sin embargo, a pesar de las

dificultades, poco a poco fuimos construyendo nuestro hogar. Ese viejo carretón se renovó de ilusiones, convirtiéndose en un complejo de cabañas muy bonito, donde buscamos que el tiempo se detenga para quienes nos visitan, que, a pesar de ser de allá, se sientan también de acá, como nosotros. Hoy el viejo carretón carga también a cada una de las personas que pasan por el complejo. Muchos ya dejaron de ser clientes para convertirse en familia. Nosotros, desde este pequeño lugar de San Juan, sentimos que estamos conectados con el mundo.

Puedo decir que tengo una vida en movimiento. Que no soy de aquí ni soy de allá. Por eso la ruta para mí es como un sentimiento mágico que me sigue movilizando aún hoy, porque cada viaje a la ciudad tiene un sentido diferente.

La vida está en el viaje. Hoy sé que quiero envejecer acá, en el refugio del hogar que construimos con mi marido y con el amor de mis hijos y por qué no, soñar con que algún día lleguen los nietos a ser parte de esta familia viajera que vive en un viejo carretón.

**“Aunque un emprendimiento con-
lleva riesgos y momentos de duda, la
gratificación de construir algo propio
desde cero y ver cómo crece, es una
recompensa que vale cada esfuerzo.
¡Cree en ti misma y en tu visión!”**

Lala García

LOS HERMANOS SEAN UNIDOS

Historia de Laura Ramos

Emprendimiento: Almacén Ramos

Tengo treinta y tres años. Vivo con mi marido, minero y trabajador de Veladero, y mis dos hijos de dieciséis y seis años.

Crecí viendo a mi madre atendiendo un negocio durante muchos años. También a mi abuela María, comerciante, propietaria de Casa Ramos frente a la escuela albergue. Pienso que de ellas heredé esta pasión por el comercio.

Soy docente, aunque no ejerzo la profesión porque elegí trabajar en forma independiente, me gusta y me va muy bien por lo que estoy segura de que seguiré en este rubro.

Hace dieciséis años iniciamos un negocio con mis hermanos, con los que trabajé durante once años, hasta que decidí independizarme y cada uno se quedó con un rubro diferente. Almacén Ramos, en este momento ofrece alimentos y artículos para el hogar. Además, realizo y vendo cotillón artesanal para distintos tipos de eventos.

Junto a mis hermanos encaramos un nuevo proyecto, que nos une a los tres, compramos un terreno, construimos locales y creamos Paseo

Ramos donde cada hermano tiene su rubro.

Mi meta es seguir creciendo, ir para adelante con el apoyo de mi familia.







LA DUEÑA DEL CAMINO

Historia de Maggy Durán

Emprendimiento: Remisera

Tuve una infancia feliz. Muy feliz. Una casa enorme, de habitaciones grandes y altas, con parrales y plantas frutales, siempre con niños inventando juegos junto a la acequia. Hacíamos largas pistas de autos, casitas para las muñecas, peleas de niños y largas charlas inocentes junto a una familia compartida con tíos y primos.

Pasábamos diez horas en la escuela de jornada completa, teníamos todas las materias, música, manualidades, carpintería, gimnasia y lo mejor era el recreo largo. ¡Qué lindos recuerdos!

Pasaron los años, y con la inocencia de una niña desprotegida, que no tuvo los consejos necesarios ni la seguridad para preguntar, caí en un pozo sin salida: a los quince años llevaba un ser muy chiquito e inocente en mi vientre. Juntos comenzamos otra etapa, creciendo y madurando tomé la responsabilidad de un hijo, un marido, una casa.

A los dos años llegó un hermanito, mis dos

tesoros, a los que me aferré para no caer, salté muchas piedras, fue muy difícil.

Con el paso del tiempo, mi mirada cambió, en el fondo de mi alma no era feliz, todo lo que hacía era para cubrir mi tristeza, quería un futuro mejor para mí y mis hijos, que ellos pudieran tener un estudio, conocimientos, experiencias nuevas, y pensé que la única forma de lograrlo era yéndonos del pueblo, aunque no tenía nada en las manos para comenzar de nuevo.

Empecé un camino lleno de sueños y esperanzas, con treinta y cinco años, volví a empezar en una ciudad distinta, con un nuevo trabajo, vecinos, amigos a los que no estábamos acostumbrados. Mis hijos estudiaban y yo también, terminando el secundario, haciendo distintos cursos. El certificado de Esteticista, mi primer gran logro. Trabajé en consultorio, con médicos y adultos mayores. Tuve la suerte de conocer a una amiga inolvidable, que me ayudó, escuchó, enseñó sus valores y su trabajo como podóloga.

También conocí el amor, sin saber que existía. Me enseñó a madurar, a ver las cosas de una manera diferente, a seguir mis valores con respeto y admiración.

Mi meta fue siempre no depender de nadie, salir adelante con mi esfuerzo, trabajo e ingenio. Desde los quince años tuve trabajos estables y no estables, vendí ropa, calzados, participé en

ferias, pinté artesanías, y ahora soy la remisera del pueblo, con traslados dentro y fuera de la provincia.

Tengo cincuenta y seis años, cuatro nietos, una madre de ochenta años que es un amor, amigos, una casita con plantas, dos gatos, un perro, ARGUITO, que me cambió la rutina.

Sigo reinventándome cada día y al despertar me pregunto ¿Valió la pena este camino? Y la respuesta es siempre la misma: ¡Claro que sí!



EL SECRETO ESTÁ EN ALIMENTARNOS DE INFANCIA

Historia de Margot Cortés

Emprendimiento: Loreta

Nací y crecí en este pueblo, junto a una familia trabajadora y maravillosa.

Mi padre trabajaba en obras de caudales, y a su vez trabajaba la tierra sembrando maíz trigo. Recuerdo a su abuelita moliendo el trigo en una piedra donde obtenía el cocho, un cereal exquisito.

Mi bella y querida madre, María, ama de casa, trabajaba cuidando de toda la familia con mucho amor. Ella elaboraba dulces de distintas variedades como así también salsa de tomate.

Disfrutaba ver cómo trabajaban los productos del pueblo, entre el humo que salía del horno donde se cocinaba el pan casero, mezclado con una suave brisa que venía del arroyo y olía a menta.

Recuerdo mi querida Escuela N° 751, que marcó mis primeros pasos en la vida, donde aprendí y conocí compañeros y grandes amigos. Nunca olvido el momento en que llegaba a la escuela y la portera nos esperaba con una taza de yerbeado calentito.

He sido muy feliz caminando las calles de este pueblo, jugando y patinando en el hielo que se formaba en las acequias con Carmen, mi amiga del alma.

Esos son los momentos que quise rescatar intentado volver a trabajar con productos de mi tierra, para que no queden solo en un sueño y, como me pasó a mí, alguien más sea marcado en su vida y su corazón para que el día de mañana siga con este bello legado.

Este emprendimiento comenzó al recordar momentos vividos en mi infancia, cuando al



despertar me quedaba con una sensación de felicidad rememorando aquella vida rústica con mis abuelos y padres.

Cuando crecí, formé una familia con cuatro hijos bendecidos por Dios. El camino no fue fácil, me caí y me levanté con mucho esfuerzo en varias oportunidades. En el 2000 falleció mi hijo mayor. En ese momento me aboqué mucho a la iglesia. Me dije “tengo que seguir porque tengo una familia”. Me levanté y seguí.

Decidí terminar el secundario y Margot volvió a revivir de nuevo. A hacer algo para mí.

Sonreír interiormente.

Ahora estoy en la industria de la alimentación. Me encanta todo lo que es cocina. Preparar un plato con todos los detalles para alguien, me llena. Al final uno viene a esta vida a intentar ser ¡¡¡FELIZ!!! Pero también es bueno ser recordado por algún motivo en particular, por algo que nos haga destacar.

Hoy, a través de mis productos, intento trasladar en su sabor, el amor de mi familia, el trabajo, el esfuerzo y los valores que con mucho sacrificio llevo en mi corazón.



VISTIENDO MUÑECAS

Historia de María Manuela Castillo

Emprendimiento: Manuela, confecciones

Era una mañana muy calurosa, un 6 de enero de 1978, recuerdo bien el año porque unos meses antes vivimos un terremoto que quedó grabado en la memoria de los sanjuaninos, el 23 de noviembre de 1977. Este suceso provocó que durmiéramos en el garaje por miedo a que volviera a ocurrir.

Esa mañana fue muy especial, los Reyes Magos llegaron y nuevamente no pude verlos. Traté de no dormir esa noche, pero claro, son los Reyes Magos. Me desperté por los rayos de sol y quizás un poco por el calor, y ahí estaba la muñeca flaca articulada que tanto había pedido y que tantos méritos me costó, era la muñeca más hermosa del mundo, con un vestido verde y sandalias muy altas. Iba a todos lados con ella.

A medida que pasó el tiempo, su vestido se fue rompiendo, por lo que aprendí a usar el hilo y la aguja para remendar su ropa. De pronto me vi pidiendo a mi madre trozos de tela para hacerle ropa a mi muñeca y, sin darme cuenta, se convirtió en mi juego favorito. Con mucha imaginación y pinchazos en los dedos, aprendí a



realizar todo tipo de prendas.

Pasó el tiempo y no recuerdo qué fue de mi muñeca flaca, quizás mi hermana menor se adueñó de ella. Yo entré a mi adolescencia, a la escuela secundaria y a la rebeldía típica de la edad, en la década de los 80, donde todo evolucionaba a pasos agigantados y los chicos ya no teníamos ese control tan estricto de nuestros padres. A mis diecisiete años quedé embarazada de mi primer hijo, fue un gran impacto para mí, me hizo madurar y dejar atrás mi rebeldía.

A los veinte años me casé con el papá de mi primer hijo y ya venía en camino el segundo, desde entonces me dediqué a ser mamá, seis varones llenaron la casa de amor, felicidad, tristezas, momentos que hoy añoro. Sin pensarlo, a mis cuarenta y dos años, me quedé embarazada nuevamente. ¡Fue una gran sorpresa saber que era una nena! Con ella apareció nuevamente esa ilusión de crear ropa, nunca había dejado de coser, pero con el nacimiento de mi hija volvió a renacer la ilusión de ser una costurera, ya tenía a mi muñeca para la que podía crear prendas únicas. Ahora que está más grande, ella viene a mí pidiéndome que le haga esa prenda que está de moda y, a la vez, se pone a mi par para aprender a coser.

Hoy mi emprendimiento se llama Manuela, confecciones y es mi gran anhelo verlo crecer. Quizás no sea un gran sueño para algunos, pero para mí lo es. Mi legado queda en mi hija, en las

personas a las que les puedo enseñar a coser o en aquellas que visten alguna de mis prendas.





EMPRENDEDORA DE VIDA

Historia de María Cristina Ramos

Emprendimiento: Ramos, viveros y artesanías

Cuando era chica disfrutaba de los juegos y las travesuras, como todo niño. Me gustaba andar en bicicleta, a caballo, sobre todo con mi papá. Era mi gran pasión. Tuve una infancia maravillosa. Recuerdo que un día, con mi mejor amiga, Vanina Godoy, siendo muy pequeñas, nos encontramos la receta de un bizcochuelo y lo preparamos, lo cocinamos en una lata de dulce de batata. Cuando mi madre llegó, se enojó y nos retó. Salió bastante rico, así que nos perdonaron. En ese momento y, aunque teníamos siete años, ya pensábamos en hacer bizcochuelos para vender en la escuela a nuestros compañeros, es decir, que comenzábamos a emprender. En ese momento mis padres tenían un almacén y mi abuela paterna también. Mi abuela atendió su negocio hasta los ochenta y seis años. Nunca faltó a su tarea. Hija y nieta de grandes emprendedores, crecí con su ejemplo.

Hubo dos grandes desafíos que marcaron mucho el rumbo de mi vida. Fui madre soltera con veinte años, aún estaba estudiando, cursando el nivel terciario. Decidí tener a mi hijo y

comenzar a generar mis propios ingresos para no depender de mis padres ni de nadie más. En ese momento ya confeccionaba moños para el pelo para las niñas, que llamaban mucho la atención, por lo que vendía bastante. También hacía y vendía cosas de repostería. Terminé mis estudios y comencé a trabajar en CESAP, la mutual de la policía y también como docente. Ese ingreso de dinero, sin dudas allanó mi camino. Sin embargo, continué emprendiendo y comencé a confeccionar disfraces para alquilar de todo tipo y para diferentes eventos y edades. Esos disfraces, que hoy los tiene mi hermana Laura en el cotillón, nos siguen generando ingresos en la actualidad.

El segundo desafío que me tocó enfrentar fue el fallecimiento de mi padre, muy joven, siendo mis hermanos todavía pequeños. Había que mantener la familia en pie, tanto económica como espiritualmente. Me costó bastante y me dejó su huella, a pesar de que tanto mi madre como mis hermanos pusieron todo de su parte y logramos salir adelante como una familia unida, hasta el día de hoy.

Cuando comenzó la pandemia y nos tocó estar encerrados, surgió un nuevo desafío porque estaba atravesando una insuficiencia renal bastante complicada, no estaba muy bien de salud. Poco tiempo después tuvieron que hacerme una cirugía donde me extirparon un riñón, por lo que hoy vivo con uno solo.



Durante la pandemia no podía estar sin hacer nada, por lo que retomé una de mis viejas pasiones, estar en contacto con la naturaleza, cultivar mis plantitas, cultivar la huerta y en ese momento me di cuenta del potencial económico que tenía esa actividad a corto plazo.

Con la ayuda de mis hijos, Cristian y Valentino, comenzamos a desarrollar esa actividad. Ellos estaban muy entusiasmados ayudándome a producir plantas de todo tipo, árboles, orna-



mentales, de huerta, un poco de todo, para salir al mercado y ver cómo nos iba. En el mes de octubre, una semana antes del día de la madre, formalizamos el emprendimiento, haciendo mucha publicidad. Abrimos un día viernes y fue tanta la expectativa que se creó en la comunidad, que el día sábado ya no teníamos stock.

Viajamos a la ciudad, visitamos viveros e hicimos un estudio de mercado acelerado para poder comparar precios y continuar con la actividad que había superado ampliamente la expectativa que teníamos. Desde entonces, la producción no se ha detenido en ningún momento. Vamos sumando nuevos productos y enfrentamos nuevos desafíos todo el tiempo. A punto de jubilarme como docente, me considero una mujer exitosa, más allá de lo económico, porque disfruto de lo que hago, aprendo cosas nuevas cada día de mi vida, sigo estudiando cada vez que puedo y aprovecho cada oportunidad que la vida me da.

Agradezco a las personas que vieron el potencial que tenemos las mujeres iglesias, la pasión que ponemos en todo lo que hacemos para obtener los mejores resultados. Conocer a estas personas cambió el paradigma de mi vida y de muchas mujeres que, como yo, crecimos muchísimo, aprendimos a valorarnos más cada día, valoramos lo que hacemos y que se le da tanta importancia a nuestra actividad nos da muchas ganas de hacer más y mejores cosas.

UNA PASIÓN QUE SE HEREDA

Historia de María Carrizo

Emprendimiento: Ania Pastelería para eventos

Tenía sólo dos años, cuando mi abuelo paterno me trajo de regalo una olla de cocina. Real, no de juguete. Mi madre siempre me cuenta que ella la podría haber usado perfectamente, yo era una niña que no entendía nada sobre cocina, pero sin embargo, decidió guardarla para cuando yo creciera.

Con el paso del tiempo, ella fue enseñándome las recetas básicas de algunas comidas. Yo, con sólo ocho años, cuando ella no se sentía bien, le decía “tranquila, mami, hoy cocino yo”. Amaba jugar con los condimentos y los distintos sabores.

Cuando visitaba la casa de mi abuela, una excelente cocinera, ella me dejaba elegir lo que yo quería comer y le ayudaba a prepararlo. Amaba sus tucos y, sobre todo, el aroma infaltable del laurel, que crecía en el fondo de su casa. Ella había sido por años cocinera de las cuadrillas en la cosecha de uvas. El amor por la cocina crecía en mí en abundancia.

Mi tía Susana estudió en una escuela terciaria, nuestras charlas eran siempre sobre alguna receta, ella me guardaba los recortes de diarios con nuevas invenciones.

Cuando cumplí quince años, mi padre me regaló la inscripción en el instituto IGA, Instituto Gastronómico Argentino. Sentí que mi sueño empezaba a hacerse realidad. Varias personas trataron de apagarlo, con comentarios sobre lo poco que ganaría con esta carrera, que mejor me dedicara a otra cosa, pero yo sabía dentro de mí que amaba cocinar, que lo único que me importaba era ver la cara de felicidad de mi familia cuando probaban mis platos.

Me capacité por tres años en gastronomía profesional, internacional y nacional, trabajando de niñera para poder pagar mis estudios. Afortunadamente, mis jefes me daban la posibilidad de trabajar e ir a estudiar, por lo que siempre les estaré agradecida.

Después de un tiempo, con mis miedos a cuestas, emprendí viaje a Rodeo, dejando muchas cosas atrás.

Entré a trabajar al restó La Morada, como cocinera principal, donde viví una experiencia increíble. Luego trabajé en la Finca el Martillo, de allí pasé a la Panadería Santo Domingo, donde mi jefe, Maxi Esquibel, me dejó la libertad de crear, jugar con las recetas, inventar nuevos postres y disfrutar de lo que tanto me apasiona.



Con el tiempo me convertí en mamá de una niña, a la cual puse por nombre Anastasia, que significa “lo mejor está por venir” y, sin dudas, fue así.

La vida puso en mi camino un trabajo en El Viejo Carretón, que me permitió ir más allá de lo que yo alguna vez imaginé.

Conocí mucha gente hermosa y de buen corazón que me animó a crear mi propio emprendimiento, Ania Pastelería para eventos.

Hoy trabajo y vivo de lo que tanto me gusta, hago mi pastelería en casa, lo que me permite cuidar a mi pequeña.

Lo bueno que rescato es que, a pesar de algunas cosas difíciles que me pasaron en la vida, obstáculos que tuve que salvar, enfermedades de seres amados, aunque a veces quería aflojar, siempre di lo mejor de mí, por lo que en la actualidad puedo decir que vivo de lo que amo y que lo elegiría una y mil veces porque esta profesión representa el amor, el apoyo y la herencia culinaria de mi familia, mi sangre e historia.

Y sí, esa olla que recibí cuando era una niña, fue una señal de lo que sería mi camino.

“Como emprendedoras, sabemos que el trabajo constante y la perseverancia son nuestras bases esenciales, que nos permiten convertir cada desafío en una oportunidad y cada aspiración en una realidad concreta”.



“Emprender es un viaje emocionante lleno de retos, pero la alegría de ver cómo tu pasión se convierte en algo tangible y exitoso te llenará de orgullo. ¡Sigue luchando, cada esfuerzo cuenta y tu sueño merece ser vivido!”

María Carrizo

EN CADA TRENZA, UNA HISTORIA; EN CADA MECHÓN, UN DESEO

Historia de Nancy Brizuela

Emprendimiento: Peluquería Nancy

Crecí en un pueblo muy pequeño llamado Angualasto junto a mi gran familia, mis papás,

mi hermana mayor y mi hermano menor, mi tata, mi nona, mi abuela, mi bisabuelo, mis tíos y primos, tuve una infancia muy feliz porque crecí rodeada de amor.

Mi papá trabajaba como chofer de colectivos, por este motivo pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero, en los momentos en que estaba, nos brindaba todo su apoyo y amor. Mi mamá se encargó de nosotros todo el tiempo, cuidándonos y dándonos su amor incondicional, junto a la mejor cocinera y amiga del mundo, mi nona, con la que compartí los momentos más hermo-





sos que guardo en mi corazón. Mi tata sigue siendo ese ejemplo a seguir, hombre trabajador y honesto que, junto a mi bisabuelo, me llevaban las mañanas, dejándome dormir en sus brazos todas las noches.

Con mis hermanos y primos compartimos muchísimas horas de risas, juegos y a veces peleas, pero siempre nos terminábamos reconciliando, nos íbamos todos juntos a la escuela, compartíamos todo lo que teníamos. Mis tíos fueron muy consentidores y, a pesar de que éramos muchos niños en la casa, cada uno siempre era tratado de una manera especial. Y cómo no recordar a la persona que nunca faltó a un acto escolar, por más sencillo que este fuera, ella siempre estaba para lo que sea, mi abuela, que nunca me dijo no puedo, ella estaba siempre dispuesta a compartir cada momento con nosotros.

Comencé mi adolescencia llena de incertidumbre y cambios, estaba creciendo y debía dejar mi casa para poder seguir estudiando y realizar el secundario porque en mi pueblo no había. Me fui a Rodeo a estudiar en la escuela agrotécnica Cornelio Saavedra. Mi hermana me ayudó mucho a adaptarme porque ella ya estaba estudiando y era su último año. Conocí gente muy buena con la cual nos acompañamos durante casi tres años, nos hicimos amigas y éramos compañeras de habitación. Los últimos meses ellas decidieron no continuar los estudios,

se me hizo muy difícil seguir porque estaba sola, me costaba asistir a las clases, pero gracias a mi mamá, que siempre estuvo para alentarme y escucharme pude seguir, también mi novio, él estaba para lo que necesitara y me apoyó siempre. Cuando egresé fue un momento muy feliz porque sólo yo sabía cuánto me había costado.

Ahora debía pensar qué podía hacer con mi vida...

Un día llegó mi tía muy entusiasmada a contarme que estaban las inscripciones para realizar un curso de peluquería, que debería hacerlo porque en algún momento me podía servir. A pesar de que no estaba muy convencida, con el apoyo de mi familia lo hice. Mi tata me llevaba a las clases sin quejarse nunca, mi hermana fue la primera persona que se prestó para que le corte el pelo, mi abuela siempre dispuesta ella como modelo para acompañarme y mis primos se prestaban para que yo practique los cortes, mis papás comprando mis primeras herramientas, mi novio me regaló mi primera tijera profesional, cada uno estuvo presente en lo que podía necesitar, logré terminarlo con mucho pesar porque en ese tiempo despedimos a mi nona.

Al tiempo dejé la peluquería de lado, mi abuela estaba muy enferma, la internaron y necesitaba algo estable para ayudar a la familia. Comencé a trabajar en la escuela primaria de mi pueblo como secretaria. Estaba muy feliz porque

era mi primer trabajo en relación de dependencia, pero lamentablemente no pude quedarme mucho tiempo porque comencé a sufrir acoso, me costó mucho dejar mi trabajo, pero me tuve que ir, me sentía una inútil, me encerré en mi casa y en mí. Mi familia y mi pareja fueron un gran apoyo para salir adelante. Empecé a confiar en mí y en las personas que me rodeaban y, de un día para el otro, me empezaron a pedir algunas personas de mi pueblo que les corte el pelo, y de a poco y de boca en boca, logré arrancar con mi emprendimiento.

Hoy en día estoy al frente de la peluquería...

Disfruto pasar tiempo en familia, ver a mis sobrinos y ahijados crecer, compartir charlas y mates interminables con mi mamá, realizar manualidades para desconectar del mundo.

Mi mayor éxito es haber formado la familia con mi pareja, es la persona que siempre está, la que me apoya, me motiva y me ayuda a salir adelante en cada uno de mis proyectos.



CADA DÍA UN AMANECER DIFERENTE

Historia de Selma Poblete

Emprendimiento: Comedor La Roca

Viví con mi familia en El Chinguillo hasta que cumplí seis años. Luego nos enviaron a la escuela en un internado en Malimán y sólo veíamos a nuestros padres dos veces al año. Ahí nos enseñaban a limpiar, a hacer las camas, a amasar y hornear pan, a tender una mesa, a pelar la verdura. Nos turnábamos para ayudarle en la cocina a la cocinera. Mi infancia fue muy sacrificada. Desde muy chiquita me enseñaron a trabajar y a luchar.

Cuando cumplí doce años, mi madre decidió venir a vivir a Rodeo, yo iba a sexto grado, nos mudamos en el mes de noviembre y las clases ya habían terminado.

Mi madre nos buscó trabajo rápidamente a mis hermanos y a mí en casas de familia. Trabajé con dos señoras cordobesas, cuyos maridos trabajaban en el Dique Cuesta del Viento. Mi tarea consistía en hacer la limpieza, hacer algunos mandados y cuidar los niños de la familia.

Luego mi madre me envió a la ciudad de



San Juan a trabajar en otra casa, como niñera, donde me fui acostumbrando a estar lejos de mi familia y donde me quedé muchos años.

Encontré trabajo como mucama en el Hotel Termas Pismanta, por lo que volví al departamento, donde conocí a mi primer novio, con quien tuve una relación bastante larga.

Al año de trabajar en Pismanta, van a buscarme mis patrones, con los que trabajé desde muy chica. Me volví a la ciudad con ellos hasta que cumplí veinte años. En ese momento fui a Mendoza a visitar a una tía, que me consiguió trabajo ni bien llegué en Chacras de Coria, donde tenía que cocinar. Yo no sabía hacerlo, las comidas que yo hacía eran muy sencillas: milanesas, puchero, verduras hervidas. Sin embargo, cuando trabajé en San Juan, la familia muchas veces recibía gente en la casa y cuando cocinaba la señora, yo siempre la miraba con atención. En Mendoza me tocó poner en práctica todo lo que había aprendido con mi antigua patrona. También comencé a practicar con los libros de cocina. En un momento, mi patrona me dijo: “Sos una gran cocinera que estaba escondida”. Tanto ellos como yo quedamos sorprendidos de lo ricas que salían las comidas que preparaba.

Luego de un tiempo, volví a Rodeo, donde nos casamos con mi pareja. Volvimos juntos a Mendoza, donde trabajé en limpieza de casas de familia, en confección de prendas en talleres de costura, en fábricas de conservas, siempre

luchando para salir adelante. Los fines de semana hacía pan casero, semitas y los vendía en el barrio donde vivía. El pan casero me salía muy bien, desde muy chiquita aprendimos con mis hermanas, sólo de mirar a mi mamá amasando. Luego empecé a hacer churros, pastelitos y tortas fritas, y mi hija, que ya tenía ocho o nueve años, los vendía por el barrio.

Mirando mi vida para atrás, veo que nuestros padres nos criaron con este espíritu de lucha, de trabajo.

En un momento decidimos volver a Rodeo, con la intención de que mi esposo trabajase en el hospital. Sin embargo, ni él ni yo conseguimos trabajo. Ahí comencé a cocinar nuevamente. Al principio hacía empanadas y los días domingo ponía un pizarrón en la puerta de la casa donde decía: SE VENDEN EMPANADAS. En aquellos tiempos no había muchas casas de venta de comida en Rodeo, por lo que los turistas siempre me compraban todo lo que producía.

Cierto día, un turista cordobés que pasaba hacia el hotel de Pismanta, me preguntó por qué no ofrecía otras comidas, como pollo al horno o a las brasas. De ahí, con esa idea en mi cabeza, comencé a vender pollos también. A veces venían los pescadores o los verduleros, que eran los vendedores ambulantes que teníamos en el pueblo, ya que no había muchos negocios donde comprar mercadería, y me preguntaban qué tenía para comer además de las empanadas.



Entonces comencé a vender la comida que había preparado para mi familia, les ponía una mesita en la puerta de mi casa, compraba la bebida en un kiosco que estaba enfrente. Cuando llegaba mi esposo y preguntaba qué había para comer, yo le contestaba que sólo había un té porque había vendido la comida.

Al pasar los años y ya con varios hijos, comencé a hacer tabletas, además de las empanadas y de todo lo demás que hacía y vendía por las casas. Con lo recaudado comencé a construir un comedor infantil, donde cocinaba dos veces a la semana para los niños vecinos más humildes, que en un momento llegaron a ser treinta y cinco. Cuando regresaba, después de vender toda la producción, volvía comprando la carne, las verduras y todo lo que necesitaba para cocinar y alimentar a los chicos que iban al comedor, donde comíamos nosotros también.

Luego se me ocurrió la idea de festejar los cumpleaños de los chicos, incluso los de mis hijos también. Cada dos o tres meses juntaba todo lo que necesitaba, hacía tortas, tabletas, chocolate, preparaba alguna comida y hacíamos un gran festejo. Hasta el día de hoy ellos no se olvidan de esas vivencias.

Yo le pedía siempre a Dios que nos diera un lugar para poder poner un negocio. Me acuerdo que un día, con la venta puerta a puerta, logré sacar algo de plata que me permitió alquilar una casita con un dormitorio y un comedor. Fui a

a una radio y les dije que a Iglesia se venía un sol, que iba a venir una luz nueva. Así nació el comedor La Roca.

Pienso que, gracias a todas las experiencias vividas, hoy tengo un hermoso negocio, donde continuamos con la venta de empanadas y todo tipo de comidas caseras, cosechando lo que hicimos con tanto sacrificio.

Hoy siento que el objetivo está cumplido. Tengo siete hijos, Selma Paola, Giselda Estela, Ruth Elizabeth, Luis Daniel, Emilce Johana, Sara Noemí y Yamila Esther, todos han estudiado y tienen trabajo en este momento. Con nuestro trabajo hemos logrado tener casa propia y también un vehículo que es nuestra herramienta de trabajo. Nunca pensé que fuera posible lograr tantas cosas.

Tuve la oportunidad de representar a la provincia de San Juan como campeona de la empanada, lo que me ha traído mucho éxito y muchas bendiciones, por lo que agradezco a Dios cada mañana al despertar. Cada día es una historia y un amanecer diferente.

LAS MANOS DE MI ABUELA

Historia de Soledad Castillo

Emprendimiento: Mis dulzuras

En una casa grande y antigua se cocinaba con el amor más bonito, el de mi abuela. Llegar a su casa y sentir los aromas que se mezclaban entre dulces de frutas y la mejor cocina, despertó mi curiosidad. Quería saber cómo se hacían los dulces más ricos, como el de uva, mi preferido. También quise aprender a hacer bizcochuelos, siempre a su lado como su ayudante. Mi frase era: “yo agrego azúcar, abuela”. Y ella me decía: bueno, hija, que esté bien colmada, no hay que ser mezquina. Mientras se calentaba el horno de barro, yo enmantecaba el molde: una lata de dulce de batata. Ella me mandaba a hacer esa tarea para que no mirara tanto la preparación del bizcochuelo. Si lo mirás mucho, se baja, solía decir (creencias de abuelas). Cuando salía el bizcochuelo del horno, nos sentábamos a esperar que se enfríe, mientras charlábamos al lado de un bracero. Hoy, cada vez que recuerdo aquel ritual y el sabor del bizcochuelo más rico del mundo, no puedo evitar que se me corra una lágrima.

Desde entonces supe que mi amor por la repostería iba más allá de mezclar bien los ingredientes, sino que lo importante era el amor que le ponía a cada pizca de ellos. Batir, mezclar, amasar y hornear era un desafío que me llevó cada día a luchar con altas y bajas con la convicción de seguir mis sueños.

Los años con la repostería me dieron el aprendizaje y la perseverancia para cumplir el sueño de aquella niña que sigue dentro de mí, dándome la fuerza para alcanzar aquel sueño: seguir emprendiendo y amar cada día más esta actividad tan satisfactoria.





ENSEÑAR Y EMPRENDER

Historia de Vanesa Barrios

Emprendimiento: Alpa creaciones

Un 7 de enero de hace cinco décadas y un poquito más, un joven matrimonio me recibía en su vida con mucha ilusión y amor. Me llamaron Urbelinda Vannesa.

En mi familia paterna fui la primera nieta, la primera sobrina, así que abundó el amor y el cariño. En mi familia materna también fui recibida con mucho amor por mis abuelos, tíos y primos.

Fui la primera hija de mamá Bernardita y papá Washington, ambos docentes. Tuve la alegría de tener tres hermanos varones, Daniel, Luis y Cristian, por lo que en casa siempre estuvieron presentes los juegos, las risas, el llanto y, por qué no, las peleas también. Nos llevamos muy pocos años de diferencia los tres primeros hermanos, éramos casi como trillizos, el hermano más chico llegó después de 8 años, así que nos criamos muy compañeros y compinches.

Mi primera infancia la pasé en el distrito de Las Flores, de donde guardo recuerdos muy





bonitos de juegos compartidos con mis primos, Eliana, Aníbal, amigos de la escuela en la plaza del pueblo, que solamente tenía canteros llenos de pasto, pero que para nosotros era un mundo donde inventábamos mil aventuras. Recuerdo también haber jugado mucho a las casitas, a las muñecas.

Un recuerdo muy vívido que viene a mi mente es mi paso por el Jardín de Infantes (como se llamaba antes), cuando sólo tenía tres años. Fue en la escuela Presidente Mitre, donde trabajaba mi papá, que era maestro, y me llevaba a upa o petequito, como decimos acá, porque no teníamos auto en la familia.

Creo que todo eso despertó en mí el entusiasmo por la lectura, por la escritura, por el conocimiento todo, desde chica siempre fui muy curiosa y eso lo atribuyo al gusto por la lectura, el leer todo tipo de textos.

Al escribir y rememorar mi infancia, también viene a mi memoria el recuerdo de una tía muy querida, su cariño, sus rondas de mate, pues ella me enseñó a tomar esto que hoy es una costumbre, el mate, la tía Olinda, de quien quizás también heredé los genes del emprendurismo, porque ella sin saberlo, junto a su hija, tenían un emprendimiento; tejían a dos agujas, al crochet, cosían y bordaban hermoso, también

cultivaba flores en su jardín.

Parte de mi escuela primaria la hice en una escuela albergue, en Guañizuil, una finca ubicada antes de llegar al distrito de Tudcum. En este tipo de escuelas antes trabajaban por lo general, matrimonios de docentes, por lo que cuando se lo propusieron a mis padres aceptaron, lo que nos dio la posibilidad a mis hermanos y a mí de compartir y vivir como una gran familia con chicos de la zona de La Alfalfa, de Rodeo, de Pismanta, ya que estaban albergados en esa escuela; hoy esta institución está cerrada. Fue una etapa muy bonita, donde viví una infancia muy sana, muy cuidada. Terminé mi escuela primaria en la escuela 51, Provincia de Santa Cruz, en Rodeo.

Comencé mis estudios secundarios en la escuela agrotécnica Cornelio Saavedra, donde hice hasta segundo año, luego por decisión de mis padres y con mi consentimiento también, partí al departamento de Jáchal a terminar la escuela secundaria. Este fue mi gran DESAFÍO, me costó mucho el desarraigo de la familia, el estar lejos de casa de lunes a viernes, pero también encontré muchos amigos, mucha contención, mucha familia que no era mi familia de sangre, pero me recibieron como tal. Allí culminé mis estudios secundarios en la escuela Fray Justo Santa María de Oro y al recibirme decidí que quería estudiar Literatura Castellana, lo que implicaba emigrar a la ciudad de San

Juan, ahora sí iba a ser más largo el periodo de estar fuera de casa, pero conté con el cuidado y amor de mi Nona y una tía. Creo que el estar lejos de casa hizo que sea más independiente. Esto no duró mucho ya que tuve que volver porque mi mamá enfermó.

Pero creo que esto fue porque Dios tenía otros planes conmigo.

Comencé el profesorado para Educación Primaria en la misma escuela donde terminé mi secundario, con veintiún años me recibí de Profesora para la Enseñanza Primaria, al final de ese año me casé con Dionisio, y ya pasaron... ¡treinta y dos años! Tuvimos dos hermosas hijas, Pamela y Aldana, quienes son nuestro orgullo y fortaleza, porque formamos dos bellísimas personas, autosuficientes, empáticas, activas, trabajadoras, pero lo mejor es que logramos inculcarles valores y pudimos darles la mejor herencia, el estudio. Aldana es Licenciada en Enfermería y Pamela, Técnica en Seguridad e Higiene, a muy pocas materias de recibirse de Licenciada.

En estos treinta y dos años de casada, veintisiete fueron compartidos con mi profesión de docente. Comencé con una suplencia en la escuela Dalmacio Vélez Sársfield, de la localidad de Colola, sin saber que ese sería mi destino por ¡veintisiete años! Fueron años de mucho sacrificio, entrega, de alegrías y penas. Pero estoy segura de que la profesión más reconfortante es

la de docente, porque recibes el amor más puro y noble, el de tus pequeños alumnos. El escucharlos leer por primera vez, el escribir, el verlos como van creciendo, es realmente muy reconfortante. El encontrarte hoy con ellos y que te saluden con un ¡HOLA SEÑO!, o saber que son personas útiles a la sociedad, es lo más gratificante.

Durante muchos años fui catequista, por lo que mi vida está ligada a la actividad de la parroquia, lo que hacemos actualmente junto a mi esposo, trabajando codo a codo en lo que se necesite.

En el año 2017 recibí el beneficio de la jubilación y decidí dar rienda suelta a mis ganas de emprender, siempre me gustaron las manualidades, la pintura, la costura, todo trabajo manual siempre fue un lindo desafío para mí.

Comencé en el 2010 haciendo trabajos en tela pintados a mano, haciendo almohadones infantiles con distintas formas, cosidos a máquina y con detalles a mano.

En el 2013, mi papá me regaló, sin saberlo (digo esto porque en enero de ese año él falleció), lo que sería el inicio real de mi emprendimiento, mi primera bordadora, con ella vinieron un sinnúmero de oportunidades, de aprender constantemente, de investigar nuevas técnicas, ¡de recibir pedidos! Creo que fui pionera en el departamento de lo que es el bordado computarizado, así comenzaron a llegar muchas

propuestas de trabajo, todo en bordado, hasta que comencé con mi primer guardapolvo y después de ese llegaron muchos, muchos guardapolvos. También todo lo que es accesorios para el ajuar del bebé, la casa, siempre con la ayuda incondicional de mi esposo, quien es el que me ayuda en este emprendimiento al que le anexamos la sublimación.

Hoy en día miro hacia atrás y veo que recorrí mucho camino sin casi sentirlo, formé un taller casi con todas las máquinas a puro pulmón, lo que hace que me sienta orgullosa de donde estoy ahora y sé que soy capaz de llegar más lejos con la ayuda, como siempre, en primer lugar de Dios y de mi familia.

A lo largo de este camino recorrido coseché muchos amigos a los que quiero y para los que siempre trato de estar, aunque sea con un mensajito.

Para finalizar, sé que me queda por recorrer un largo camino en esto que me he propuesto con mi emprendimiento, que es seguir creciendo como tal. Los tiempos a nivel económico en el país no son los mejores, lo que nos afecta a todos, pero sé que con la ayuda, sobre todo de Dios, saldremos adelante.

Agradezco a mi esposo Dionisio, a mis hijas adoradas, Pamela y Aldana, por ser mi puntal siempre, por acompañarme y alentarme en cada paso de ALPA Creaciones, a mis clientas y amigas, por confiar en mi emprendimiento.





TUDCUM

Escondido entre montañas, es un tesoro de tranquilidad y belleza. Sus calles y sus vistas panorámicas te invitan a perderte en el tiempo, mientras sus habitantes te reciben con una sonrisa que habla de generaciones de historias compartidas.

Tudcum es cuna de tradiciones gauchas, tejidos al telar y elaboración de dulces.

AL COMPÁS DE MIS SUEÑOS, ENCONTRÉ MI NORTE

Historia de Ana María Rivas

Emprendimiento: COMPASS - Dulces Artesanales

En mi vida hubo muchos momentos hermosos y otros no tanto. Mi infancia fue muy feliz, o por lo menos, así la viví yo. Fui la mayor de cinco hijos, con padres siempre presentes y trabajadores en la docencia, por lo que muchas veces me tocó hacerme cargo de mis hermanos, los que yo tomé, con mucho amor, como mis muñecos. Jugábamos a las mamás, pero los hijos eran mis pequeños hermanos. Yo me sentía importante porque mi mamá confiaba en mí, como la hermana que no tuvo. Yo era muy apegada a mi abuela materna. Ella se dedicaba a la pastelería, hacía tortas y mesas de dulces para grandes casamientos. Además, era profesora de pastelería y cocina en una escuela complementaria en la Villa América. Yo la acompañaba muchas veces y la escuchaba con pasión. Sobre todo, cuando enseñaba sobre dulces.

A medida que fui creciendo transité mi adolescencia, que fue la etapa que más disfruté y fui muy feliz, acompañada de muchos amigos.

Con ellos compartí salidas y juntadas en casa, con guitarra, bombo y acordeón a piano. Confidentes, siempre juntos. Salía a los bailes del secundario y algunos universitarios, solo nos dejaban salir en grupo o con mi hermano, con quién compartí muchas pícaras andanzas. Aun así, acompañé a mi madre en el proceso de una enfermedad terminal. Fui muy salidora y fiesterera, aunque debía pedir permiso, nunca obtuve un “no” por respuesta. Así recibí de mi padre, un padre muy exigente, pero a la vez muy liberal, un modelo de libertad, pero con responsabilidad.

Al terminar el secundario, ingresé a la universidad, que por situaciones de la vida tuve que dejar. A los veinte años, ya más madura, comencé a trabajar en la docencia; este trabajo lo cumplí siempre buscando la perfección, con mucho compromiso y en doble turno, durante más de cuarenta años, hasta mi jubilación.

Muy joven perdí a mi madre, pero a los pocos meses me casé; ¡fue un momento muy feliz! Se cumplieron mis sueños... Nacieron mis tres hijos y con cada uno de ellos me sentí súper feliz como mujer y mamá.

Como todo, la vida transcurrió con altas y bajas, con la crianza de mis hijos, siendo esposa, con trabajo dentro y fuera de casa. El pertenecer a asociaciones o instituciones de servicio, me invitó a tener una actividad social muy amplia, que liberó mi gusto por el contacto con la gente.



Ya en la madurez, con un matrimonio trunco, tengo tres hijos maravillosos caminando su propia vida, nietos con proyectos y metas según sus edades y muy apegados a mí.

Un desafío importante en mi vida fue tomar la decisión, compartida con mi hermana, de

vivir en Tudcum, Departamento de Iglesia, ya que contamos con una casa que nos legaron nuestros padres.

En estos años, en los que afianzamos amistades de mucho tiempo, mi hermana, también jubilada, se dedica a dar apoyo escolar a los



chicos del secundario, y yo fui invitada a participar en Mujeres en Red, con mi incipiente emprendimiento de dulces artesanales que surgió junto a mi hijo mayor. Sucedió que un día, él se quedó sin trabajo y volvió a vivir conmigo. En una de nuestras charlas me dijo que necesitaba encontrar su rumbo nuevamente y si le ayudaba a hacer dulces para poder salir económicamente. Le dije que sí y comenzamos nuestro proyecto. Le aporté todo aquello que aprendí a producir en mi niñez, con mi abuela repostera y le sumé todo lo que he aprendido con Mujeres en Red (aprendí de clientes, de costos, marketing, fotos, videos, pastelería y muchas cosas más) que me llevan a tener nuevos proyectos y aceptar desafíos que, a mi edad, nunca hubiese tenido en cuenta.

Me siento muy feliz en esta etapa de mi vida, con nuevos proyectos y también siendo partícipe de los proyectos de mis hijos, estando siempre donde haga falta y me necesiten.

Nuestro emprendimiento se llama COMPASS - Dulces Artesanales. Le pusimos así por la brújula que llevan los marineros. En el compás, lo que gira es la rosa de los vientos dentro de una burbuja estanca, en el medio siempre se puede ver una marca llamada “línea de fe”, la cual nos marca el rumbo magnético en el que estamos navegando. Con este emprendimiento junto a mi hijo encontramos nuestro norte y no queremos perderlo.

"Cree en ti misma, incluso cuando otros no lo hagan. La confianza en tu propia capacidad para superar desafíos y alcanzar tus metas es fundamental. El camino al éxito puede ser solitario, pero tu fe en ti misma te llevará más lejos de lo que jamás imaginaste".

Ana María Rivas

SER COMO MAMÁ

Historia de Ayelén Ávila

Emprendimiento: Delicias Aylen

Tengo treinta y tres años, vivo en el distrito de Tudcum. Sin embargo, mi historia no comienza acá, nací en la ciudad capital, donde viví con mis padres y mis dos hermanos.

A los cuatro años sufrí la pérdida de mi

padre. Fue muy difícil para mi madre quedarse sola con tres hijos pequeños. Cuando cumplí seis años, mi madre decidió volver a su pueblo natal, Tudcum. Si hay algo que recuerdo de ella son las tortas que realizaba para nosotros y para los eventos importantes. Le ponía tanto empeño y amor, que se notaba en cada bocado y en los sabores.

Tengo que admitir que al principio no me gustó la idea de vivir en Tudcum, estaba acostumbrada a la vida de ciudad, tenía mis amigos allá, pero con el pasar de los años, me fui acos-





tumbrando. Tuve una infancia muy hermosa, con muchos juegos con mis hermanos y mi madre.

La adolescencia llegó con un cambio rotundo. A los diecisiete años tuve mi primera hija. Era una niña que iba a criar a otra niña. Quería darle un buen futuro, por eso me focalicé en terminar la secundaria en el CENS de Rodeo. En ese momento, mi vida cambió, tuve que madurar de golpe y comencé a formar mi propia familia.

La pasión por la cocina empezó un día cuando estaba en mi casa cuidando de mis dos primeros hijos (que ya son cinco), mientras veía Cocineros Argentinos. Me gustó el programa y empecé a aprender recetas hasta que me animé a hacer una. Realicé un lemon pie, con los pocos utensilios que tenía, pero con unas ganas inmensas de parecerme un poco a mi mamá.

El amor fue tomando fuerza y en la pandemia encontró su rumbo. Un día de junio, con el día del padre cerca, le propuse a mi hermana ofrecer picadas para los padres. Ella aceptó y nació Delicias Aylen. Un emprendimiento que se dedica a la venta de desayunos y que hoy me permite sustentarme económicamente a mí y mi familia.

MANTENER LAS MANOS Y MENTE OCUPADAS

Historia de Cristina Brizuela

Emprendimiento: Tejiendo esperanzas



En mi infancia no existía la televisión, no había luz eléctrica, sólo una vieja radio donde se escuchaban emisoras chilenas. En mi pueblo, una de las tradiciones más antiguas para acortar la noche, era tomar un pedazo de lana de aliñar y, con un huso, hacer jugar nuestras manos.

Soñaba con aprender a hilar hebras para transformar en frazadas que sirvieran de abrigo. Ahí empezó mi amor por el tejido.

En mi juventud llegó el amor por formar una familia y ante la necesidad de tener con qué abrigar a mis hijos, quise avanzar en el aprendizaje. Una vez ya formada la familia, con la ayuda y la enseñanza mágica de mi suegra, doña Margarita, empezó mi sueño de ser una gran tejedora. Entre hilos lisos, peine y espaldilla, aprendí de ella los mejores tramados, ponchos, jergones y alforjas para adornar la montura del gaucho. Con amor aprendí a tejer para mis hijos un cálido abrigo, un poncho de fina trama para que luzcan con orgullo lo que su madre les pudo hacer. Con la venta de mis creaciones, pude ayudar a mi esposo con la economía del hogar. Cuando mi hijo terminó la escuela, soñaba con viajar con sus compañeros de estudio, como no tenía dinero para el viaje, vendí un jergón y él pudo hacer el viaje. Así creció aún más el amor por este noble oficio sin título, con el que puedo hacer cosas maravillosas, y que es rentable, aunque muy sacrificado.

Tejer en telar criollo no tiene muchos secretos, sólo mantener las manos y la mente ocupadas. Hoy sigo soñando, sigo trabajando y lo haré hasta que mi cuerpo aguante. Tintes naturales permiten darle el color a ponchos sanjuaninos y tintes de colores para jugar con ellos un degradé de pensamientos.



DE PASTORA A TEJEDORA, UNA HISTORIA DE SUPERACIÓN

Historia de Emérita Flores

Emprendimiento: Yuli, tejidos al telar

Mi nombre es Emérita Flores, vivo en Tudcum, aunque soy oriunda de Angualasto. Pasé mi infancia con mis padres y hermanos en esa localidad tan bonita, donde mis padres se encargaban de administrar y cuidar una finca, mientras mis hermanos y yo nos encargábamos de pastorear y cuidar ovejas. Mi mayor alegría era que todos los días teníamos que cruzar el río y lo hacíamos descalzos, siempre mirando fijamente hacia adelante, porque si lo hacíamos hacia abajo, nos mareábamos. Nuestra vida transcurría todos los días así. Por la mañana íbamos a la escuela y por la tarde nos dedicábamos a pastorear y cuidar a las ovejas.

Todo eso pasó hasta que cumplí mis 16 años y nos vinimos a vivir a Tudcum. Mi vida fue muy dura, tuve que irme a trabajar a la ciudad como empleada doméstica, donde no tuve mucha suerte, por lo que emprendí viaje a Mendoza, donde se me hacía muy difícil, al no poder compartir con mis padres y hermanos.



Luego, pasados unos años, conocí a mi esposo, con quien comparto mi vida hace más de cuarenta y cinco años, con quien tuve cuatro hijos, ya todos grandes.



Cuando mis hijos crecieron, empecé a sentir que algo le faltaba a mi vida, que debía encontrar algo para ocupar mi mente. Comencé tejiendo a crochet en mis tiempos libres, con los conocimientos que aprendí de mi prima, cuando vivía en Mendoza. Empecé tejiendo mantillos para mis sobrinos y algunos bebés que nacieron en Tudcum.

El tiempo pasó, y de la mano de mi suegra aprendí a tejer al telar. Yo iba todas las tardes a ver y aprender cuando ella tejía, debajo de una ramada que tenía en su casa.

Mi primera prenda la tejí en su telar, una frazada de una plaza de color lila que quedó muy bonita. Con el correr del tiempo fui aprendiendo técnicas y combinaciones de colores, hasta que empecé con las alforjas de color negro, las más pedidas por los gauchos de la zona.

Mi mayor orgullo fue hacer un cubrecama en la gama de los marrones. En aquel tiempo había una casa que vendía las prendas de la mayoría de las señoras artesanas, y los turistas la visitaban muy seguido. En una de esas visitas, un matrimonio que venía de EEUU quedó encantado con el cubrecama y me lo compraron. En ese momento, me sentí muy orgullosa de mi trabajo y el valor que le dieron a esa prenda.

Me gusta mucho lo que hago, tengo mi emprendimiento hace veinticinco años y sigo disfrutando esta actividad tanto como cuando comencé con ella.



LA ARTESANA DE SABORES

Historia de Edita Ramona Aguilera

Emprendimiento: Sabor Artesanal Repostería

Tengo cincuenta y seis años, soy casada y madre de tres hijos.

Durante mi niñez recuerdo haberme criado

junto con mis primos porque mi madre vivía con sus hermanas, jugábamos a las carreritas, a las casitas con tierra y barro en el patio de la casa. Con el paso del tiempo, mis tías tomaron caminos diferentes, me quedé con mi madre y mi hermana menor, a la que cuidaba mientras mi madre trabajaba, en ese momento íbamos a la escuela hasta séptimo grado.

A los doce años comencé a trabajar en una casa de familia, haciendo limpieza, lavando y



amasando para poder sobrevivir.

Disfrutaba compartir con mi madre, ya que ella trabajaba mucho para poder criarnos, era feliz estando en nuestra casa.

Lo más difícil que me tocó vivir fue la pérdida de mi madre, dejándome el desafío de enfrentar la vida sola, siendo muy joven. A los dieciocho años me tocó el desafío de ser madre, esto me definió como persona y marcó un antes y un después en mi vida. Me casé y viví con mi

suegra, quien muy gentilmente me abrió las puertas de su casa para formar mi familia. Con ella aprendí muchas cosas que me ayudaron para poder salir adelante, entre ellas la enseñanza de la preparación de las tabletas para vender.

Una tarde de otoño del año 1989, nos encontrábamos compartiendo unos mates alrededor del fogón con mi suegra Hilda. Se acercaba Semana Santa y queríamos ofrecerle al turista algo único, distinto, que representara a nuestro pueblo. Surgió la idea de realizar tabletas con dulce de alcañota casero. Las semanas siguientes mi suegra me enseñó a hacerlas con la receta que había heredado de su abuela. Descubrí mi pasión por la pastelería. Desde ese momento, cada año para época turística comenzamos a realizar tabletas para ofrecer al visitante que conoce nuestro pueblo. Con el tiempo, he adquirido mucha experiencia y clientes de toda la provincia. Ya no sólo ofrezco tabletas, también hago tortas, maicenitas, medialunas, pan dulce y repostería en general. Disfruto de esta actividad, que hoy realizo con herramientas más modernas y con materia prima de primera calidad. Me llena de alegría que los turistas puedan disfrutar mis productos y se lleven a su casa un recuerdo lleno de sabor artesanal.

Mi marido y mis hijos me describen como una persona que le gusta aprender y mejorar día a día para que el producto que ofrezco sea de la mejor calidad y sabor.

EL SABOR DEL HOGAR

Historia de Fanny Pizarro

Emprendimiento: La Ñatuza

Tengo sesenta y seis años, estoy casada hace cuarenta y siete, tengo cinco hijos, soy abuela de doce nietos, tres bisnietos y uno que viene en camino.

Mi historia comienza en Tudcum, en la calle costanera y principal junto a mis padres, Doña Hilda y el Loco Pizarro. Rodeada de mis hermanos y vecinos, viví en un ambiente humilde y carismático.

Mi infancia fue muy linda y sana. Jugaba con tarritos vacíos, usando mi imaginación, compartía con mis hermanos, jugar en la loma era memorable, para nosotros no existía la tecnología: nada de teléfonos, televisores o juegos electrónicos.

Jugar a la payana o al tejo era jugar sanamente. Mi abuela o mi madre nos hacían muñecas rellenas con lana, fui la segunda hija de ocho hermanos, a los que cuidé, con los que jugué y hasta la fecha acompaño.

Desde chica mi madre me inculcó sus enseñanzas.

El tiempo transcurrió, y en mi adolescencia



me tocó migrar a la ciudad de San Juan para trabajar al cuidado de niños de una familia que vivía en el centro.

Por esas cosas de la vida, ya con casi dieciocho años me toca volver a Tudcum a mi casa y allí nace un gran amor con Roberto Maza, El Rábano, mi compañero de vida, que aún hoy sigue a mi lado.

Luchamos y progresamos juntos en las batallas de la vida, prevaleciendo siempre el amor. Iniciamos nuestro hogar en la misma calle costanera, el mismo al que mucha gente siempre acudió por un favor o una ayuda. Allí llegaron los primeros tres hijos: Alejandra, Marcelo y Mario, tiempo después llegaron Enzo y Victoria.

Soy una persona muy familiar, me gustan los encuentros, las celebraciones en familia. Algo con lo que me identifico es con las fiestas navideñas, significado valioso por mi religión y por lo que les inculqué a los míos, la unión de la familia.

Mi éxito personal es poder sentirme capacitada, haber concretado y realizado con esmero lo que me apasiona hacer. Me siento agradecida, especialmente con Mujeres en Red, que nos permiten a mujeres como yo, tener conocimiento y darnos valor y confianza.

Un desafío que marcó mi vida fue la llegada de mi primera hija, Alejandra, a mis dieciocho años, mi primera nieta, Florencia, la llegada de mi primera bisnieta, Emilia, sucesos que marca-

ron mi vida y me rodearon de felicidad.

En la actualidad, mi desafío es cotidiano, mi familia es lo principal, emprendedores, compañeros y unidos. Siempre saliendo de cada inconveniente juntos.

En lo personal, creo que mi desafío siempre fue inculcar los valores principales a mis hijos y su generación. Me siento orgullosa de lo que he logrado hasta hoy.

Mi emprendimiento se llama La Ñatuza, así me llaman los amigos, es de tabletas iglesias porque en mi familia representan unión, trabajo, tradición y amor. Mis tabletas, sin dudas, saben a hogar.





"El trabajo duro, la perseverancia y la pasión por lo que haces son los pilares del éxito. Habrá momentos en los que te sientas abrumada y quieras rendirte, pero recuerda que cada sacrificio y cada esfuerzo valen la pena. Mantén tu visión clara y nunca pierdas de vista tus sueños".

Fanny Pizarro

LA CREATIVIDAD NO TIENE LÍMITES

Historia de Fátima Díaz

Emprendimiento: Frida Nail

Cuando era niña me encantaba pasar tiempo con mi familia, con mis padres y hermanos, con quienes lo pasaba muy bien. Amaba jugar con mis hermanas con las que disfrutaba organizar nuestros cumpleaños. Jugábamos a las casitas y a hacer comiditas con barro.

Mi gran desafío fue ser mamá con tan solo quince años. No fue ni es fácil para mí, siendo madre soltera, pero acá estamos, intentando dar lo mejor siempre, enfrentando las pruebas de la vida. Mi hijo cambió mi vida por completo, todos los días aprendo cosas nuevas, soy muy feliz con él.

Como necesitaba trabajar y no quería dejar a mi bebé, empecé a pensar qué podía hacer en casa para ganarme la vida. Como siempre me gustó tener mis uñas lindas y arregladas, a mi mamá se le ocurrió que podía hacer un curso de manicura y me compró los materiales básicos que necesitaba. Luego comencé a trabajar en mi emprendimiento, el que desde un principio ya tenía nombre: Frida Nail, porque Frida Kahlo representa una fuente de inspiración y fortaleza

para mí. Ella enfrentó una serie de adversidades a lo largo de su vida, incluyendo un grave accidente de tráfico que la dejó con lesiones físicas permanentes y problemas de salud crónicos. A pesar de estas dificultades, nunca dejó que sus circunstancias limitaran su creatividad o su determinación.

Para una mujer como yo, que equilibra la responsabilidad de cuidar a su hijo con el deseo de perseguir sus sueños profesionales, Frida es mi modelo a seguir en términos de perseverancia, creatividad y autenticidad.

Es por eso que mi determinación no termina acá. Mi meta en un futuro es tener mi propio local.



UNA MUJER QUE LUCHA POR SUS SUEÑOS

Historia de Flavia Pizarro

Emprendimiento: Confecciones Allingara

Mi historia no es complicada, sino todo lo contrario.

Tuve una niñez muy linda, donde abundaban el cariño, los juegos, las risas, las cosas simples, como el estrenar ropa sólo para los cumpleaños. Todo era sencillo pero suficiente.

Mis padres siempre estaban presentes, con un consejo, una caricia y, de vez en cuando, un reto, cosas que hoy les agradezco inmensamente.

Pude estudiar en la escuela secundaria, donde aprendí a sobrevivir sola, lejos de la familia, lo que me llevó a valorar aún más los afectos y las cosas que tuve de niña.

Me fui a San Juan a estudiar trabajo social. La situación económica de mi familia era muy precaria. Mis papás llegaban a pagarme el alquiler y yo trabajaba para pagarme la comida y el transporte. Por cuestiones de la vida, no pude culminar mis estudios universitarios, algo que todavía me duele, pero el camino me fue llevando, sin que me diera cuenta, a emprender.





Pasé por muchos trabajos y finalmente me di cuenta de que la pintura, la costura y las artesanías son las cosas que me gustan.

Comenzó como un entretenimiento hasta que me di cuenta de que todo lo que hacía lo vendía muy rápido, entonces pensé que podría hacer una feria, lo que me serviría para vender mis productos, y podría invitar a otras personas que hicieran lo mismo y, como “frutilla del postre”, sería un evento para el turismo. Así comenzamos, se sumaron varias personas que, hasta el día de hoy, continúan con esta actividad.

Todo comenzó a tomar forma, al punto de que hoy tengo mi propio taller, con máquinas industriales con las que trabajo para las empresas mineras y particulares de muchos lugares, además de darles la oportunidad de trabajar a varias mujeres del departamento, lo que es muy reconfortante para mí. Todo el tiempo me estoy capacitando e insto a las mujeres de mi pueblo a que lo hagan ellas también.

Mi historia de vida me hizo una mujer luchadora, con mucha empatía por los demás, con mucha fuerza para cumplir los sueños y metas que me propuse a lo largo de la vida.

Seguramente en este libro encontrarán muchas historias parecidas a la mía, pero cada una con su matiz propia. Solo les diría a quien nos lea que “Luche por sus sueños”.

SIEMPRE HAY OPORTUNIDADES

Historia de Isabel Taillant

Emprendimiento: Familia Taillant Resto Bar

Nací el 26 de noviembre del año 1966. Mi niñez no fue nada fácil, pero traté siempre de disfrutarla, jugaba con mis amigas, éramos las dueñas de casa, hacíamos empanadas con hojas de álamo y rellenas de barro.

A los dieciocho años me casé, tuve tres hijos, Milagro, José María y Rubén. Dedicué mi vida al cuidado de ellos y de mi hogar, haciendo siempre cosas para vender y así colaborar con la economía familiar. Hice plantines de orégano, albahaca, romero y otras especias. También tejí a dos agujas, que es mi cable a tierra. Además, hice costuras y bordados. Hoy mi especialidad es la elaboración de empanadas, churros peruanos, pasteles, hamburguesas, sopaipillas.

Luego llegaron a mi vida mis nietos, Guillermina, Mariano, Thiago, Rafael y Adriano. El amor que siento por ellos es inexplicable, hacen mis días más alegres, más felices.

También conocí lo que es el dolor más grande, perdí a mi nieto Mariano, una espada atravesó mi corazón, estuve aproximadamente tres meses sintiendo que no podía seguir, pero

Dios siempre nos da la fortaleza para continuar y aceptar su voluntad. Aprendí a vivir de nuevo, aprendí que siempre hay otras oportunidades para salir adelante, que siempre llegan a nuestra vida las personas que nos regalan los conocimientos, las herramientas para que podamos ser mujeres empoderadas, dispuestas a darle un giro a nuestras metas. Ahí siento que entra Mujeres en Red en mi vida, que junto a la empresa Josemaría, Criar y Efisol nos han impulsado para que lleguen los éxitos tan esperados.

Mis hijos dicen que soy una mujer luchadora y la mejor madre del mundo. Si ellos piensan eso de mí, ¿qué más puedo pedir?





ES CUESTIÓN DE CREER EN UNO MISMO

Historia de Lorena Ponce

Emprendimiento: Lobasama Peluquería

Nací el 27 de julio de 1988, en el departamento Iglesia, rodeada de una familia compuesta por mis padres y hermanos. Vivíamos en la casa de mis abuelos maternos, una casa grande con varias habitaciones. Allí también vivían algunas de mis tías maternas. Aunque todos compartíamos el mismo espacio, cada uno vivía de distinta manera y tenía una forma diferente de ver la vida. Tengo muchos recuerdos buenos de mi infancia, siempre rodeada de muchas personas, y sobre todo de mi tía Betty, a quien veía como una madre, que me llenó de mucho amor y contención. Jugaba mucho con mis hermanos y primos. Cuando comencé el jardín de infantes, mi tía me acompañaba cada día e iba a cada evento que se realizaba en la escuela. Ella no tenía hijos por lo que nos acompañamos mutuamente y el amor nunca nos faltó.

Cuando cumplí siete años, Betty tuvo que irse a la capital a trabajar. Yo no pude ir con ella. Eso fue muy difícil para las dos. Desde ese momento me quedé con mis padres y hermanos.

Los años fueron pasando, iba a la escuela



con mis hermanos, disfrutaba salir los fines de semana a caminatas con mis primos, en el verano nos juntábamos todos para ir al río a bañarnos. Todo lo que viví en mi niñez quedará para siempre en mi mente y en mi corazón.

Comencé la secundaria y, lamentablemente, no pude terminarla. A los veinte años decidí irme a la capital, donde vivía mi tía Betty. Fue algo nuevo para mí, desde la convivencia y en todos los aspectos, ya que yo iba de un pequeño departamento a la ciudad. Tuve que acostumbrarme a muchas cosas nuevas, era un nuevo desafío que debía llevar adelante si quería lograr mis objetivos. Allí estuve varios años y conocí a un amigo, quien después sería mi esposo y el padre de mis hijos. Él me ayudó mucho desde que llegué. Él estudiaba en la universidad el profesorado de matemáticas, nos acompañamos mutuamente ya que estábamos lejos de nuestros hogares. Nos hicimos pareja y a los veinticinco años quedé embarazada de mi primer hijo, así comenzó nuestra pequeña gran familia. Las cosas al principio eran difíciles para nosotros en muchos aspectos de la vida, mi pareja seguía estudiando, nunca dejó de hacerlo, ya que quería darnos un buen futuro, nunca renunció a sus sueños y eso lo aprendí de él, que uno tiene que seguir adelante por más difíciles que sean las cosas.

Nació nuestro hijo y al año decidí ir a una escuela de capacitación laboral, donde enseñaban

peluquería, iba por la tarde y regresaba a la noche, quedaba cerca del lugar donde vivía por lo que no tenía que tomar colectivos y a la salida, me buscaban mi pareja y mi hijo.

Cuando nuestro hijo cumplió tres años debía ir a la escuela y fue ahí cuando decidimos regresar a nuestro departamento, mi pareja encontró un trabajo como profesor de matemáticas. Al año siguiente nos fuimos a vivir a Tudcum, el lugar donde mi pareja creció y encontró su trabajo, las cosas mejoraron para nosotros, ya que los años anteriores no habían sido nada fáciles, pero siempre estuvimos unidos y después de seis años llegó nuestro segundo hijo y decidimos casarnos. Sentí en ese momento que ya lo tenía todo. Solo faltaba dedicarle tiempo a mi pasión y ahora lo tenía.

Yo tenía experiencia en peluquería, pero aún no estaba segura de realizar trabajos, no me sentía capaz de poder lograrlo, me faltaba lo más importante: seguridad. Comencé cortándole el pelo a mi pareja, mi hijo, hermanos y papá pero no me animaba a más. Un día, lo recuerdo muy bien, alguien me pidió que le hiciera un alisado, sabía las técnicas pero, aunque no muy segura aun, decidí realizarlo y quedé asombrada de mi buen trabajo. Fue entonces que la clienta me dijo que lo publicara en las redes, así que le saqué fotos y comencé a compartirlas. No esperaba recibir tantos mensajes buenos y tantos pedidos para realizar distintos tipos de trabajos.

Desde ese momento me perfeccioné más y encontré la seguridad que en algún momento me faltó. Esa seguridad que me dieron mis clientas y mi familia.

Ahora puedo decir que estoy casi completa en ese sentido, ya que mi sueño es tener un espacio físico para realizar mejor mis trabajos, con más comodidad, no sólo para mí, sino también para mis clientas.

Si hoy me pongo a pensar en todas las cosas que pasé en mi vida, estoy feliz. Creo que las

cosas que uno se propone las puede lograr teniendo mucho o poco. Cuando uno quiere salir adelante, si lo hace con actitud y muchas ganas, no importa qué tan difícil sea el camino, lo importante es disfrutarlo y tarde o temprano vamos a llegar. Hay que creer en uno mismo, aunque te digan que no podés lograrlo.

Soy una agradecida de todo lo malo y bueno que Dios puso en mi vida porque uno nunca se debe preguntar ¿por qué me pasan las cosas? Si no, ¿para qué me pasan?



DAR EL PRIMER PASO, DEL RESTO SE ENCARGA EL UNIVERSO

Historia de Marisa Flores

Emprendimiento: Primeros Pasos

Soy la menor de nueve hermanos. Crecí en un pueblo llamado Tudcum, en la casa de mis abuelos paternos, donde pasaba las tardes jugando a las muñecas, armando casitas y cosiendo ropa para las muñecas.

Con sólo diez años, acompañaba a mi padre mientras él cosía en una máquina a pedal, que heredó de su abuela, cuando tuve la curiosidad de aprender a manejarla, pensando que, de esta manera, podría coser más prendas para las muñecas, de manera más rápida y sin pinchar mis dedos. No tuve suerte en ese momento, ya que no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, por lo que continué cosiendo a mano.

Con el pasar del tiempo fui creciendo y dejé de lado las muñecas, pues me había convertido en una mujer con responsabilidades, terminar los estudios era una de ellas, faltaba un año para terminar la escuela secundaria y comenzar a transitar un camino diferente. Soñaba con ser

abogada. Fue entonces cuando me empecé a sentir distinta, sin fuerzas, la energía no era la de una niña de diecisiete años, mis manos se empezaron a hinchar y comencé a sentir dolor. En busca de una respuesta a estos síntomas, me descubrieron una enfermedad poco conocida, me encontraba transitando la etapa más complicada de una enfermedad llamada Lupus.

Fue entonces que mi vida, cargada de sueños e ilusiones, se detuvo un instante, los latidos de mi corazón se sentían cada vez más débiles, necesitaba un milagro, estaba en manos de Dios que mi cuerpo aceptara el tratamiento.

Pasaron los días y recuperé las fuerzas, la alegría fue enorme ya que mi cuerpo había aceptado el tratamiento. Sin embargo, me enfrenté a una realidad diferente, mis sueños tuvieron que quedar pendientes hasta que pudiera recuperarme, cargarme de energía y fortaleza para poder continuar con mi vida. Con la ayuda de mi familia lo conseguí y pude terminar la secundaria. En ese momento retomé mis sueños y llegué a cursar segundo año de la carrera de Abogacía, cuando nuevamente la enfermedad atacó, esta vez no tan fuerte, pero fue suficiente para que me planteara de qué manera seguir, mi salud estaba en juego y tenía que tomar una decisión. Lo que me llevó a volver al pueblo donde crecí, con el dolor y la pena de no poder cumplir mi sueño.

Pasaba el tiempo y no encontraba nada que

podiera sacarme del estado en el que me encontraba, pues no poder concretar mi proyecto de vida me dejó sin fuerzas, sin esperanzas. Un día,



mi hermana me invitó a la escuela de corte y confección. Cuando me quise acordar, me encontraba en un aula sentada frente a una máquina de coser, en ese momento retrocedí en el tiempo y me encontré con esa niña que un día quiso aprender a coser en aquella máquina tan pesada que se encontraba en casa, esta vez la máquina era más moderna. Me di cuenta de que la vida me daba nuevamente la oportunidad de aprender. Con todos los miedos encima asistí durante tres años a esa escuela y un día conseguí el título de Corte y Confección. La felicidad me invadió, había logrado terminar un proyecto sin tener que abandonarlo, aún con las complicaciones que se presentaron, entre ellas, una pandemia, pero esta vez no tenía en mente rendirme. Ya tenía el título, pero aún me faltaba la máquina de coser. Empecé a trabajar y con mucho esfuerzo la pude conseguir, trabajaba cuidando niños y en los tiempos libres me conectaba con la máquina y creaba. Olvidaba así todos mis problemas.

Un día me sugirieron hacer prendas para vender, pero no tenía la confianza suficiente en mí misma, pensaba que no podía lograrlo, hasta que me animé a hacerlo y empecé a crear accesorios para mis sobrinos. Y en la búsqueda de generar ingresos para ayudar con los gastos a la familia fue que empecé a hacer arreglos de ropa, después a crear prendas para bebés y finalmente comencé a vender mis productos.



EN HONOR A MÍ

Historia de Marisa Aguilera

Emprendimiento: AGMA Gastronómico

Cuando yo era chica me gustaba ir a la casa de mi abuela, Felipa Rojas. La médica de la alfalfa, le decían. La visitaban personas de todo el mundo para que los curara de sus enfermedades. A mí me gustaba mucho caminar detrás de mi abuela mirando y aprendiendo lo que ella hacía. Me gustaba servirle el té mientras atendía a sus pacientes. Ella me decía “M’hija, usted tiene que aprender muchas cosas porque la vida no es fácil”. Ella me hacía subir a un banquito donde yo pudiera alcanzar la mesa, ponía una batea con harina y me enseñaba a amasar. Hacía pan, semitas, tortitas al rescoldo, entre otras delicias. En la finca que tenía en el fondo cosechamos manzanas, peras, uvas, duraznos. Me acuerdo de que a ella la visitaba mucha gente que llegaban en colectivos y autos. Ahí aprendí a vender los frutos que cosechamos. Desde ese día el oficio de vendedora me acompaña. Tuve una infancia muy feliz. Nunca supe lo que era el miedo.

En mi vida he pasado por muchos momentos difíciles, pero por suerte aprendí de mi

abuela muchas habilidades para enfrentar las dificultades de la vida. A los veintiún años tenía tres hijos, y en ese momento no tenía trabajo. Comencé a trabajar lavando y planchando ropa para diferentes personas. Un día, me ofrecieron trabajar en una escuela con una pasantía. Me puse muy contenta y acepté. Este trabajo me cambió la vida. Trabajé ocho años y quedé como planta permanente hasta hoy, que llevo veinticuatro años de servicio.

Para mejorar un poco mis ingresos, empecé a vender comidas elaboradas, empanadas, pizzas y también llevaba semitas a la escuela, donde las vendía a los chicos. Así empezó mi negocio.

Mi emprendimiento se llama AGMA Gastronómico, en honor a mí misma, por mi gran esfuerzo al desafío de la vida, por lograr que mis hijos sean personas de bien. Sigo adelante con mis comidas elaboradas con mucho amor para que los turistas y las personas de mi pueblo puedan disfrutar algo rico.

Me gustaría que, en el futuro, mis hijos y nietos sigan con este trabajo, que es muy lindo y satisfactorio. Actualmente sólo vendo comida para llevar, pero la idea es poder tener un comedor en casa donde recibir a la gente.



ENTRE ABUELAS Y NIETAS

Historia de Paola Sánchez

Emprendimiento: La Morenita

En mi niñez viví con mis abuelos maternos. Mi abuela me crió con mucho amor, con cuidado, con respeto, como yo hago ahora con mis nietas. Ella me enseñó a cocinar. En las noches, se ponía su pañuelito y me cubría la cabeza con un pañuelo. Yo jugaba y con una lata de picadillo, hacía como que cocinaba, hacía comiditas.

Cuando cumplí doce años, se enfermó mi abuelo de esa terrible enfermedad llamada cáncer. A los trece años quedamos con mi hermana menor y mi abuela. Pasaba mucho tiempo con ellas cocinando, intentando llenar de amor nuestra casa.

A los dieciséis años me casé. Hoy llevo veintiocho años casada. Tengo seis hijos, cuatro niñas y dos varones. Perdí a mi primer hijo varón a los ocho meses de gestación. Fue un momento muy triste de mi vida.

Cuando mis hijos crecieron, volví a darme tiempo para hacer lo que me gusta, empecé a hacer pastafrolas. Trabajo como portera en una escuela, sin embargo, comencé con mi emprendimiento, La Morenita, como una especie de



cable a tierra, como una forma de sentirme mejor.

Las tabletas de La Morenita saben a familia. Las primeras tabletas que probé, las preparaba mi abuela materna. Yo aprendí y comencé a preparar hasta dar con la receta perfecta y poder satisfacer a mi cliente preferido: mi papá. Pasamos muchos años compartiendo tabletas y

momentos hasta su último día. Hoy, comparto la receta y mi tiempo con mis nietos. La más chica, Delfina, tiene dos años, vive conmigo, es muy despierta, nos llena de amor y quien la escucha se sorprende. La negrita le decimos. En honor a ella, pusimos el nombre a este emprendimiento, porque quien prueba nuestros productos se llena de amor y se sorprende.



ENSEÑANZAS DE NUESTRO PUEBLO

Historia de Rosa Aguilera

Emprendimiento: Delicias Tita

Hace treinta y siete años comencé a realizar tabletas. Al principio las elaboraba para consumo familiar en fechas especiales, como la fiesta de nuestro patrono San Roque. Con el tiempo, mis vecinos y vecinas comenzaron a pedir las y así empecé a venderlas.

Al ser una masa dulce, es ideal para acompañar el desayuno, la merienda, como también para que los turistas puedan llevarlas de recuerdo al visitar nuestro pueblo.

Para la elaboración de la receta uso ingredientes artesanales y frescos: dulce de alcayota de la zona, huevos, dulce de leche, entre otros. Pero lo que las hace especiales es que son horneadas en horno de barro, tal como lo hacían nuestros antepasados.

Cada tableta que hago, mantiene los valores tradicionales del departamento Iglesia, y del pueblo de Tudcum, por la relación con su historia y las personas que transmitieron la receta. En mi caso, la receta me la enseñó mi suegra.

Junto a mi familia realizamos con amor la elaboración de este producto porque buscamos

que quien prueba una tableta recuerde siempre las enseñanzas que nos dejaron nuestros mayores y que representan las tradiciones de nuestra familia y nuestro pueblo.



"Emprender es un acto de integridad y pasión. La honestidad con uno mismo y la dedicación a tu visión son esenciales para construir algo verdaderamente significativo".

Rosa Aguilera

EL AMOR LO PUEDE TODO, QUEDA GRABADO EN CADA CÉLULA DEL CUERPO

Historia de Sandra Muñoz

Emprendimiento: Aromas de Montaña

“Hay palabras que pintan una imagen vívida; que les dan sentido a las historias de vida”.

Apelo a la memoria y me dejo llevar por recuerdos que anidan en la mente, volviendo fugazmente a mirar aquel pasado, donde era una niña afortunada y muy feliz. Nací, crecí y viví rodeada de muchos afectos; junto a Rosa y Augusto, mis padres, y Marcelina y Máximo, mis abuelos maternos, en un pueblito iglesiano llamado Tudcum. Pertenecía a una familia humilde, pero con valores bien arraigados en la cultura del trabajo, que sabía cómo ganarse el pan de cada día.

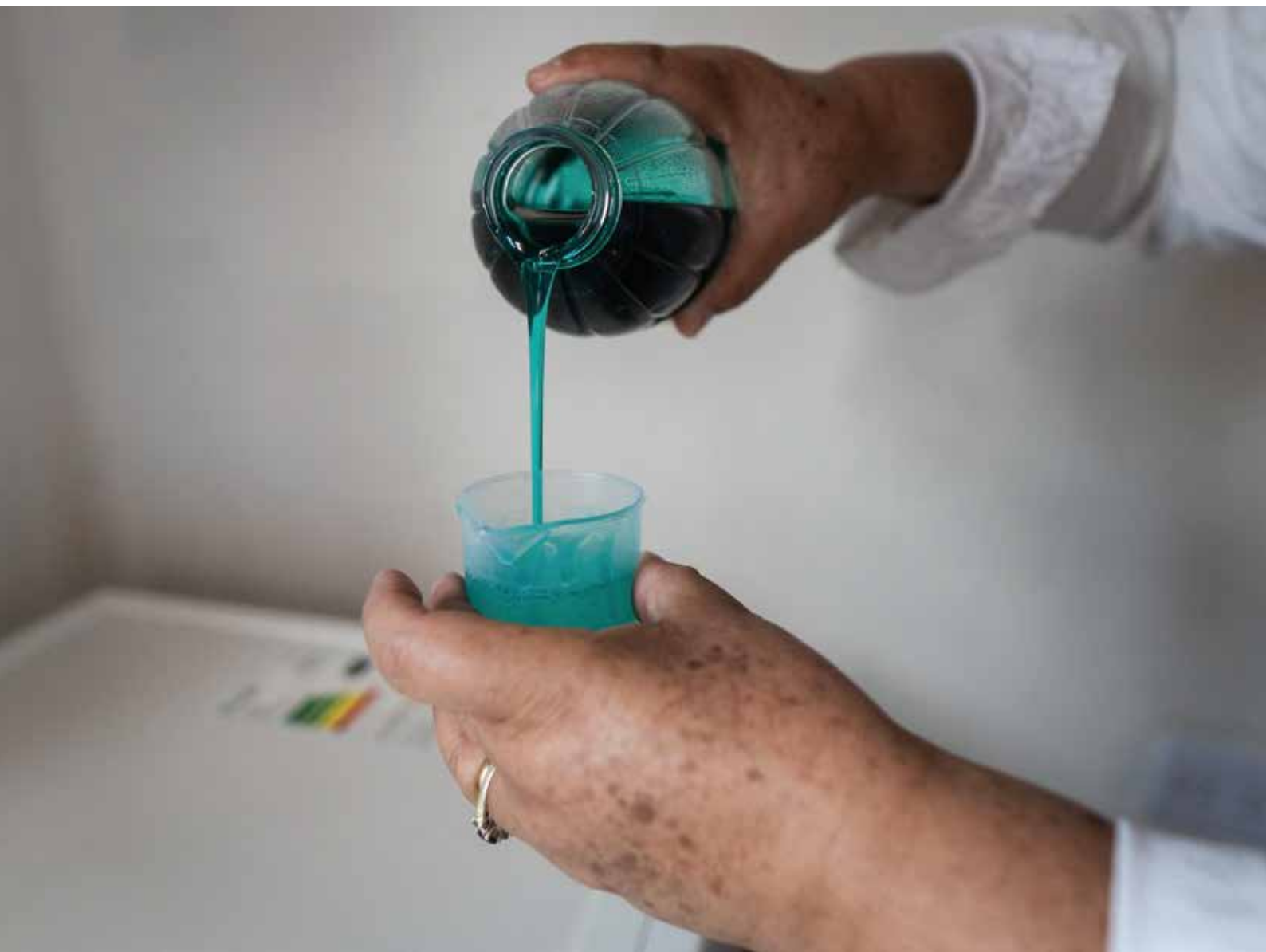
A los cinco años empecé la primaria en la escuela Ricardo Güiraldes, la enseñanza giraba en torno al modelo tradicional, con clases atrapantes, donde la tiza y el pizarrón eran los recursos existentes; aprendí mucho del maestro Carlos, que explicaba con tanta pasión y era muy

exigente. También disfrutaba de los recreos, que eran muy divertidos. Jugaba al tejo, la pilladita, al huevo podrido, la farolera, a la payana, entre otros. De pequeña nació la vocación de convertirme algún día en maestra.

En casa se estudiaba primero y luego se salía a jugar. Mi padre tenía varios oficios, en la tarde arreglaba zapatos y me sentaba junto a él para repasar las tablas de multiplicar y leer en voz alta. Después me iba a jugar con mis hermanos, me encantaba andar en burros; varias veces me caí cuando estos emprendían su galope; después de secarme las lágrimas, se me pasaba el dolor de la caída, me acercaba a los burros y les hablaba; les decía que eso había dolido, a la vez que les mordía la oreja y les preguntaba: ¿te dolió?, mis hermanos se reían y le contaban a mamá, quien me aconsejaba diciéndome que no lo haga más, porque esa vez había salido ileso, pero que me podía romper un hueso; pero a mí no me importaba y seguía porfiando.

Crecí escuchando relatos de cuentos, leyendas y anécdotas en las largas noches de invierno junto a la estufa de leña. Mi madre, una mujer muy trabajadora, hacía todos los quehaceres del hogar; algo que me llamaba la atención era cómo lavaba en su tabla de madera, yo le quería ayudar y jugando comencé a lavar mis medias.

Luego empecé la secundaria, y logré la meta de recibirme de Agrónoma General; me encantaba estudiar, les dije a mis padres que



quería ser maestra, ellos se pusieron muy contentos. En julio del año 1989 me recibí; inscribí mi título. Y un 23 de diciembre de ese mismo año me casé con Marcelo, con quien tengo cuatro hijos varones, Gerardo, Maximiliano, César y Luciano; quienes un día me hicieron abuela de cuatro nietas preciosas.

Pasó muy poco tiempo; un 18 de abril de 1990 dicté mi primera clase a los alumnos de séptimo grado, en la escuela Ricardo Güiraldes; fue un día tan esperado por mis padres y uno de los mejores de mi vida, soñaba con trabajar y abracé la docencia con mucho respeto y dedicación. Trabajé en todos los grados de primaria y también dicté clases a alumnos de secundaria. Enfrentamos muchos desafíos con los alumnos, a tal punto que comenzamos a celebrar el cumpleaños de Tudcum. Logramos poner en valor la cultura de todo un pueblo.

Me capacité en diferentes cursos y diplomaturas afines a lo requerido por el sistema educativo, tales como: Diplomatura en Educación y Sociedad, Manejo de las TIC, Especialización en Educación Rural en Plurigrados, Diplomatura en Liderazgo e Innovación Social. Tengo que agradecer a mis padres y a mi esposo que siempre cuidaron de mis hijos para que yo pudiera seguir estudiando; luego papá murió y fue muy duro para mí y mis hijos, que lo amaban.

A pesar de todo, nunca bajé los brazos, siempre me ponía metas muy altas y trabajaba





para conseguir las; aspiraba a ser la Directora de la escuela Güiraldes, a la que llamé mi segundo hogar y en el año 2013 quedé en el cargo como Directora Interina del establecimiento.

Mi madre comenzó a tener muchos problemas de salud, por lo que la llevé a vivir con nosotros, tenía osteoporosis avanzada; con muchos dolores y problemas para caminar, hablando con ella le propuse que ya no iba a trabajar más y que me iba a dedicar a ella; obvio que no le gustó la idea, porque ella conocía mi pasión por la docencia. Comencé los trámites del retiro para acogerme a los beneficios de la jubilación; estos no tuvieron demoras y el 1 de febrero de 2018 llegó el telegrama. Me jubilé y compartimos con mamá un año de charlas, anécdotas, rezamos

todos los días el rosario, cantábamos la canción que nos gustaba, nos aprendíamos recitados, viajamos, y las citas al médico comenzaron a ser más frecuentes, su salud desmejoraba cada día y un 20 de marzo de 2019 se fue a descansar eternamente.

Me dediqué de lleno a mi casa, hacía todos los quehaceres y me sobraba tiempo, leía, miraba tele, y se me hacían eternos los días, empecé con la idea de ser emprendedora y me acordé de mi madre, que me enseñó a lavar. Salí a recorrer mi pueblo y me dije: “lo que hace falta acá es una lavandería”, investigué sobre este servicio y me parecía viable, pero me daba miedo fracasar; aunque yo nunca me rendía y fue ahí que recibí un llamado del área de Relaciones Comunitarias de Josemaría; acepté ser parte del programa de Mujeres en Red, iba a todos los encuentros, tuvimos diferentes capacitaciones que nos fortalecieron como equipo e individualmente; aprendimos sobre aspectos legales, tributarios, costos, oratoria, marketing y merchandising.

Ahora puedo decir que mi sueño nació en el corazón de mi madre, que navegó en mi mente y se hizo fuerte con mis acciones. El amor lo puede todo, aun cuando enseñamos o aprendemos, queda grabado en cada célula del cuerpo.

La lavandería Aromas de Montaña es metafóricamente el aroma a mi Rosa, mi madre. Mi desafío será hacerla crecer.

EL OFICIO DE ESCUCHAR CON LAS MANOS

Historia de Verónica Rivero

Emprendimiento: Vr Masajes

Nací en la localidad de Tudcum, en la casa de mi abuela, con mi padre y algunas vecinas haciendo de parteros.

Tengo tres hermanos. Cuando era una niña compartí muchos momentos especiales con mi hermana, salíamos a jugar en los potreros, hacíamos casitas con las ramas de los árboles, jugábamos a la escuelita, pillábamos mariposas, compitiendo para ver quién conseguía más. Teníamos un horno de barro, donde hacíamos panes con barro y los papelitos de los caramelos eran el dinero. Luego, ya cansadas de tanto jugar, íbamos a merendar a casa.

Los fines de semana iba a la cancha a ver jugar al fútbol a mi papá, algo que me encantaba. Con el paso del tiempo comencé a practicar ese deporte, siempre me gustó ir a la cancha, alentar al equipo, llenarme de tierra y pasar calor o frío, compartir con mis amigos y familia, todo eso lo hacía más interesante.

Tuve una infancia y adolescencia muy feliz. A los diecinueve años, crecí repentinamente, me

quedé embarazada de mi primer hijo, Aaron, por lo que no pude seguir estudiando. Me tenía que hacer cargo de mi hijo y comencé a trabajar. Fueron años muy difíciles, cuyo punto máximo llegó a mis veintitrés años cuando tuve que tomar la decisión más triste de mi vida, dejar a mi hijo de dos años con mis padres, y probar suerte en Buenos Aires.

En la ciudad, me costó adaptarme porque extrañaba mucho, pero yo sabía que lo hacía por el bien de mi hijo. Empecé a trabajar en un spa, a especializarme y progresar en el oficio que elegí, como masajista. Cuando sentí que ya estaba estabilizada en mi nueva vida, volví a buscar a mi hijo. Fue muy duro estar sin él, pero valió la pena porque eso me ayudó a ser la persona que soy hoy y a saber que con mucho sacrificio se puede enfrentar cualquier obstáculo. Vivimos ocho años en Buenos Aires, donde trabajé en un spa que me ayudó a encaminar mi vida para luego poder regresar a mi tierra.

Hoy tengo tres hijos, que son el amor de mi vida, son mi mundo y por ellos es que sigo aprendiendo y saliendo adelante.

Hago masajes a domicilio, ya que por el momento no cuento con un lugar apropiado. Voy a la casa de mis vecinos, quienes me cuentan sus historias mientras les hago masajes. Es tan lindo sentirse útil, ayudar a la gente.

Mi aspiración en este momento es lograr tener un spa donde prestar mis servicios.





VILLA IGLESIA

Es un rincón donde la paz se siente en cada calle y la historia resuena en sus muros antiguos. La calidez de su gente te envuelve y te invita a ser parte de su legado, donde cada día es una celebración de la vida sencilla y auténtica.

DISEÑANDO SUEÑOS

Historia de Anahí Pereyra

Emprendimiento: Santos Home & Deco

Soy hija única, pertenezco a un hogar humilde y trabajador. Mi madre, Rosa, era costurera y modista. Mi padre, Santos, trabajador de la construcción, encargado de obras civiles y muy talentoso. De ellos heredé la inquieta creatividad para construir y moldear mi futuro. Aún tengo marcado en mi memoria el consejo de ambos: Hacer siempre y encontrar la solución a todo.

Desde pequeña me esforzaba en mis estudios. Me dedicaba completamente porque mi padre me impulsaba siempre a buscar la forma de que yo conociera (aun siendo mujer) el valor de construir y crear, en el más amplio sentido, mi vida.

De adolescente me interesé en el diseño y la arquitectura, soñaba con poder crear ambientes únicos y acogedores, poder tocar el corazón de los demás con mis diseños, tal como mis padres hicieron al diseñar mi infancia con recursos limitados. Fue muy duro para ellos hacer posible mis estudios y es por eso que siempre me esforcé



al 101%, para demostrarles que sus esfuerzos no habían sido en vano.

Cuando pensaba que la vida no podía ser mejor, apareció mi socio. Llegó a mi vida el compañero ideal, luchador y decidido como yo. Como dice John Ruskin, "Cuando el amor y la habilidad trabajan juntos, el resultado es una obra maestra".



Juntos somos una máquina imparable con dos motores de empuje y cuatro ruedas (nuestros cuatro hermosos hijos) y con el firme objetivo de siempre avanzar.

El camino ha sido difícil, duro, las distancias para poder adquirir las materias primas e insumos son largas, ya que todo proviene de la ciudad de San Juan y/o de Buenos Aires. También se nos complicó conseguir las máquinas necesarias, que son de alto costo. Pero, a pesar de todo, hemos podido formar nuestra pequeña empresa.

Hoy mis diseños visten hogares y ese es un mimo para aquella adolescente soñadora, que marcó el principio y la esencia de lo que soy y de lo que es mi fábrica, SANTOS HOME & DECO, pequeño homenaje a mi papá que ya no está conmigo. Somos una pequeña empresa con un enorme potencial, la confianza y la aceptación de la gente que nos elige para diseñar el lugar que van a habitar en la única vida que tienen.

Hoy mis padres, estoy segura, estarían orgullosos de la mujer en que me convertí. Gran parte se lo debo a la capacidad que tuvieron de vestirme con amor y sueños.

Ahora me toca guiar a mí. Mi más preciado legado son mis hijos, que viven nuestro día a día y sus caminos están bien guiados, basados en la responsabilidad y el compromiso. Ellos serán quienes continúen con nuestros pasos y hagan grande esto que hoy está creciendo.

"Emprender es un viaje de creatividad y disciplina. La creatividad te permite innovar y encontrar soluciones nuevas, mientras que la disciplina asegura que tus ideas se traduzcan en logros concretos".

Anahí Pereyra

LA SEGURIDAD DE ELEGIR NUESTRO CAMINO

Historia de Celeste Rodríguez

Emprendimiento: Consultora Azuleste de Higiene, Seguridad y Medio Ambiente

Lo que recuerdo de niña es que viví una infancia feliz, rodeada de familia, de personas que me llenaban de amor día a día. Pasé a ser no sólo la hija de mis padres, sino también la hija de corazón de mi tía Juana y mi padrino Víctor, quienes me cuidaban y me consentían en todo momento. También estaba mi hermano, dos años menor, con quien fuimos muy unidos y compañeros en nuestra niñez. Un padre que siempre trabajaba mucho y una mamá que también trabajaba, eso sí, a la hora de ir a la cama eran infaltables los cuentos de mamá, ella siempre tenía un nuevo relato.

De niña soñaba con ser cantante, mi padrino me hizo un micrófono de madera, tallado con sus propias manos, me gustaba leer mucho, estudiar, escuchar música, bailar y sobre todo cantar a mi manera.

Luego, en mi adolescencia, tuve nuevas experiencias, el secundario comenzó con com-

pañeros y amigos conocidos de la primaria, pero también gente nueva, tengo recuerdos tan lindos, creo que la experiencia del secundario es la mejor, o al menos para mí, fue una de las mejores vividas, los trabajos grupales, el aprender cosas nuevas, los viajes de estudio, los viajes de egresados, qué gratos recuerdos.

Ya cuando me sentí ambientada con mis amigas y conocidos, en mi rutina diaria, viajé a la ciudad con mi prima y amiga Daniela, comencé a trabajar en una obra social y me quedé a vivir en la ciudad.

Con mi prima fuimos muy compañeras y siempre compartimos mucho tiempo juntas, cuando se presentó la oportunidad de estudiar una carrera que me pareció interesante, Técnica en Higiene y Seguridad Laboral, le comenté y las dos nos inscribimos, el cupo era sólo para treinta personas, se evaluaban los mejores promedios del secundario, quedamos a la espera con muchos nervios y deseando ser elegidas las dos. Así pasaron los días, yo seguía con mi trabajo. Recuerdo una mañana que suena el teléfono y al atender mi mamá me dice: “hija, quedaste seleccionada”. Sentí mucha satisfacción, decidí dedicarle mucho esmero a lo que estaba eligiendo en ese momento para estudiar.

Ya recibida, comencé a trabajar como profesora en un instituto en el Departamento Jáchal, con muchos alumnos, una experiencia muy interesante.



Me tocó vivir una situación muy triste, la pérdida de un familiar, si bien todos perdemos un ser querido pero mi tía era más que eso, mi segunda mamá, a quien amaba y sigo amando tanto, que ella dejara este mundo fue algo que me marcó y cambió mucho.

A fines de noviembre de 2011, me llaman para una entrevista de trabajo, yo vivía en casa de mis padres, viajé a la ciudad para dicha reunión, en la cual me comentan de qué se trataba y que estaban evaluando el mejor perfil, el trabajo era para desempeñar actividades como prevencionista en seguridad en alta montaña.

Pasaron los días y las semanas, y los primeros días del mes de diciembre me llamaron confirmando que había sido elegida para el puesto, en una semana debía subir a la mina, me fui y acepté ese trabajo porque quería olvidar, quería dejar de pensar que ella ya no estaba.

Mi primer día de trabajo tuve muchas sensaciones, sentimientos, nervios y miedos por lo que me estaba enfrentando, lo bueno es que soy una mujer que me adapto rápido, me gustan los nuevos desafíos y experiencias, y siempre doy lo mejor de mí.

Así pasó el tiempo, me fui familiarizando con cada carpeta que debía tener su avance, con cada uno de los operarios, capacitando todos los días, controlando y llevando adelante cada uno de los sistemas y normativas que se debían cumplir. Pasé a ser supervisora, estuve a cargo de

cinco empresas contratistas. Esto me permitió avanzar y así fortalecer el rol de mujer profesional en la industria minera, sintiendo esa satisfacción tan agradable de desempeñarte en lo que te gusta.

Con la llegada de mi primer hijo, ya no me permitieron subir a la mina por mi seguridad y la del bebé. Inmediatamente, la empresa tomó la decisión de establecerme un puesto de trabajo en la Ciudad de San Juan, donde realizaba tareas relacionadas a mi profesión y a la vez daba soporte a mis colegas, siempre respetando mis periodos de lactancia. Cuando llegó el momento de subir nuevamente a la mina, mi hijo era la prioridad y estaba antes que cualquier cosa. Por esa razón, decidí renunciar y me dediqué a cuidar de mi pequeño.

Cuando mi bebé cumplió su primer año presente mi curriculum vitae a dos empresas e inmediatamente me llamaron, quedé, me dedicaba a brindar distintas capacitaciones referidas obviamente a la seguridad en el trabajo, así también brindaba la inducción hombre nuevo, un curso que duraba de 4 a 5 horas, para todo personal que subía a un proyecto minero yo fui la única persona encargada de brindar dicho curso tanto en el Departamento Iglesia como Jáchal.

Con la llegada de la pandemia, esos cursos ya no los podía seguir dictando ya que no se podía hacer reuniones con varias personas.

Muchas preguntas se presentaban en mi cabeza ¿cómo seguiría de ahí en adelante? Propuestas a la alta montaña no me faltaban, pero mi decisión seguía siendo la misma, o sea seguir dedicándome a mi profesión en mi lugar cerca de mi familia, y más aún en el 2020 que a mi marido, que siempre fue mi pilar en cada decisión que tomé, mi hijo, un ejemplo de amor puro, y un nuevo tesoro en mi vida, una bebita que me necesitaba por sobre todas las cosas, entonces la idea de subir por más tentadora que sea, no podría ser. Siempre que podía asesorar a los clientes, lo hacía por teléfono y si tenía que enviar documentación por medio de mail, en la pandemia el casco estuvo de descanso y mi fiel compañera de trabajo fue la computadora.

Siempre fui una mujer valiente y arriesgada, mi profesión me enseñó que la seguridad es fundamental, es por eso que creé mi propia consultora que lleva el nombre de AZULESTE, que está orientada a empresas tanto públicas como privadas, como así también al cliente particular, y proporciona asesoramiento en higiene, seguridad y medio ambiente, los servicios que ofrece son capacitaciones, informes, política N° 5, ATS, ERNT, entre otros, cuestiones que son muy importantes para todo tipo de actividad. AZULESTE se diferencia de la competencia porque, ante todo, lo primero que busca es que todas las personas vuelvan a su casa en las mismas condiciones con que llegan a su

trabajo, estamos para el cuidado del personal en todo momento.

Mi vida ha tenido muchos puntos buenos y otros no tanto, sin embargo, como cantaba de chica:

Tal vez lloré o tal vez reí
Tal vez gané o tal vez perdí
Ahora sé que fui feliz
Que, si lloré, también amé
Puedo seguir hasta el final
A mi manera

No dejes que nadie te detenga, no existen los imposibles y siempre demuestra que puedes lograr lo que te propones.





EL VUELO DE LAS MARIPOSAS

Historia de Elizabeth Poblete

Emprendimiento: Mariposas y el colibrí

Crecí en este pueblo rodeado de montañas, respirando el aire puro. Vivimos un tiempo con mi abuela materna, una hábil costurera, quien heredó sus habilidades a sus hijas, entre ellas mi bella madre Lucía, costurera a la fuerza y diseñadora, quien realizaba las prendas a sus seis hijos. Jugué entre sus máquinas y mi curiosidad, típica de una niña, me llevó a estar siempre entre hilos y telas. Vestía a mis muñecas y luego, ya en la ciudad de San Juan, jugaba haciéndoles ropita a las muñecas de mis hermanas. En mi adolescencia incluso comencé a realizar mis prendas de fiesta. De grande decidí estudiar corte y confección con especialización en sastrería y, luego, me recibí de esteticista. Durante la pandemia, después de trece años de trabajo, me desafectaron de la empresa en la que trabajaba. La pandemia no sólo me dejó desempleada, sino que me dio el peor golpe que un ser humano puede recibir en la vida, la muerte de mi hermana menor y la de mi madre, con tan sólo dos meses de diferencia.



Mi vida dio un giro inesperado, desempleada, y devastada por la pérdida, sin saber qué hacer, con título en mano, cargué mi vida en una maleta, decidí volver a Iglesia a encontrar mi paz y nuevas oportunidades de trabajo.

Miles de puertas golpeé, las que fueron cerradas o jamás fueron abiertas, hasta que un día me invitaron a formar parte de una red de mujeres emprendedoras.

Me fui capacitando, primero en oratoria, ya

que siempre me costó mucho poder expresarme abiertamente, y luego en todos los cursos a los que me invitaban.

El grupo José María nos fue capacitando e ingresé a un programa de financiamiento de mi proyecto.

Me fue muy difícil encontrar trabajo formal con un ingreso fijo, pero hallé un trabajo temporal, en el que, cuando terminó la obra, quedé desempleada nuevamente, con mucho desánimo y ya por tomar nuevamente rumbo a la ciudad, me comunican desde José María que mi proyecto fue aprobado y mi tan anhelado sueño concretado: mis máquinas estaban en camino.

Hoy veo cumplirse mis sueños, con mi amor por la moda, que fluye a través de puntadas y telas y la chispa de la creatividad, en un nuevo capítulo de mi vida.

La empresa no sólo me entregó las herramientas necesarias, sino que también me ofreció capacitación y apoyo continuo.

¿Que no es fácil? Claro que no, pero hoy mi sueño es que, con el tiempo, mi atelier de moda y estética se convierta en un punto de referencia de estilo y cuidado personal para la mujer iglesiana.

Con determinación, gratitud y actitud, quiero convertirme en empresaria y en un ejemplo inspirador en la comunidad y que mi espacio sea un lugar para crear, embellecer y empoderar a las mujeres de mi amado pueblo.



PONIÉNDOLE DULZURA A LA VIDA

Historia de Macarena Cuevas

Emprendimiento: Dulce tentación

Nací en la casa de mis abuelos, donde viví hasta que cumplí mi primer año y mis padres decidieron que nos mudáramos a otra casa, donde pasaba mucho tiempo sola con mi mamá mientras mi papá trabajaba.

Mi emprendimiento comienza un día que, charlando con mi hermana, se nos ocurrió vender durante la semana de la dulzura algo que le dé ánimo a la gente, después de lo vivido durante la pandemia. Ofrecimos unos box pequeños con golosinas, que tuvieron mucho éxito, por lo que amigos de mis papás y familiares nos animaron a seguir con esta idea.

Con ayuda de nuestros padres, compramos moldes y chocolate y comenzamos a producir. Creamos una página y, de a poco, nos fueron conociendo y fuimos creciendo como emprendimiento. Lo llamamos Dulce tentación, dulce por el chocolate y sus rellenos y tentación porque la gente cuando los ve, se tienta.

Nuestro proyecto en este momento es conseguir un lugar donde podamos elaborar y vender nuestros productos.





NADIE NACE SABIENDO EN ESTA VIDA

Historia de Silvia Eda Álvarez

Emprendimiento: Mis dos estrellas

Vivía con mi abuelita Julia, mi segunda mamá. Ella aliñaba y tejía la lana de oveja de la zona para poder sobrevivir con el fruto de su trabajo. También era su pasatiempo en las tardes y noches. A los trece años, me comenzó a llamar la atención lo que mi abuelita hacía con la lana a la orilla del fogón.

Una tarde de invierno decidí sentarme a su lado y le pregunté si me podría enseñar a hacer eso que hacía con tanto placer. Ella me contestó: “si, mi niña, con mucho gusto te voy a enseñar para que el día de mañana tejas tu propio abrigo”.

Desde ese entonces, mi abuelita y yo comenzamos a aliñar la lana de oveja que nos había regalado un señor que vivía en la zona. Comencé a estirar la lana y a sacar toda la basurita del campo donde las ovejas se alimentaban y, en ese momento, comencé a escribir mi historia.

Me preguntaba cómo era posible convertir la lana de oveja en hilo con una varilla. Mi abue-

lita me dijo en ese momento: “no, hija, no es una varilla, es un huso con una rueca, la lana que limpiamos con las manos se convierte en hilo haciendo una sogá y haciendo bailar el huso con esa sogá y así lograremos un hilo muy fino y firme para que vos te tejas una frazada al telar”. Yo le decía a mi abuela que no podría hacer eso porque no sabía cómo se hace. Ella me dijo: “hija, nadie nace sabiendo todo en esta vida, yo estaré acá para enseñarte a cada paso lo que tenés que hacer para que se convierta en frazada”. Así fue como tejí la frazada para mi cama.

Al pasar de los años, mi amor por el telar se hacía cada vez más grande. Cuando cumplí dieciocho años, fui mamá soltera. En ese momento tuve que salir a trabajar para poder criar a mi hija. En mis días libres, tejía y aprendía cada vez más.

Al poco tiempo conocí al hombre que me acompañó por el resto de mi vida, el padre de mis otros cuatro hijos, el pilar de la familia. Los dos trabajábamos a la par para poder criar a nuestros hijos, él como albañil y yo con mis tejidos al telar. Tejía peleros, frazadas, alforjas y cuanta cosa se me ocurría.

Mis tejidos comenzaron a hacerse conocidos cada vez más y, por supuesto, la venta crecía.

Sin embargo, en el año 2010 me descubren una enfermedad por la cual me prohibieron volver a tejer, tenía ARTRITIS y LUPUS, por lo que me tenía que cuidar mucho. Fue el dolor



más grande que pasé con respecto a mi salud, me pasaba los días enteros postrada en una cama sin poder mover mis articulaciones, sufría mucho. Una de mis hijas me tenía que ayudar a bañar, ya que me era imposible moverme. Hasta que encontramos un médico que logró que, de a poco, comenzara a mejorar.

Dos años después comencé a recuperarme y volví a tejer, recuerdo que lo primero que hice fue una alforja que bordé con flores.

Al año de haber vuelto a tejer, recibí una invitación para participar de la Expo Rural en Buenos Aires, vendiendo una de mis artesanías para que se la llevaran allí. En ese entonces yo estaba en la ciudad de San Juan haciéndome un control de mi salud, por lo que llamé a mi esposo dándole el precio de la alforja que había tejido hacía un tiempo.

La selección se realizaría en el mes de diciembre de ese mismo año. La vendimos en marzo y, en el mes de junio, mi marido falleció. El mundo se me caía en pedazos, porque mi compañero, el que me ayudaba a trabajar la lana, aliñar, hilar y hasta torcer el hilo, él, que me ayudó a sacar la familia adelante, dejó de existir.

En diciembre del año 2019 me llega una gran noticia: mi alforja había quedado seleccionada en la Expo Rural. Una amiga había leído la noticia en un diario y se lo comentó a mi hija. Yo lloraba de felicidad porque pensaba que por fin esa niña de tan sólo trece años podía ver crecer sus tejidos.

Hoy en día, a mis cincuenta y ocho años, participo en todas las ferias que hay dentro o fuera de mi querido departamento, orgullosa también porque mi emprendimiento tiene su propio nombre y logo: Mis dos estrellas.



"Emprender exige valentía y honestidad. Ser valiente frente a los desafíos y honesto contigo mismo en cada paso son las claves para construir un camino sólido hacia el éxito".

Silvia Eda Álvarez



ZONDA

Es un pintoresco pueblo situado en la zona sur del Departamento Iglesia, a 35 km de Rodeo. Está compuesto por unas pocas familias que se dedican principalmente a las actividades agrícolas, cultivando la tierra con esmero y tradición. Zonda es un refugio de paz y autenticidad, donde la simplicidad de la vida rural se combina con la calidez de su gente.

PRIMERO LA FAMILIA

Historia de Alejandra Vanesa López

Emprendimiento: Artesanías Alfrangeles

Soy nacida y criada en el departamento Iglesia, hermana mayor de cinco varones. Con mi mamá Marys Riveros, mi papá Oscar López y mis hermanos Daniel, Ricardo, Raúl, Carlos y Mario, vivíamos en un pueblito llamado Campanario, en la casa de mis abuelos paternos, la mamá Chela y el papá Segundo. Tuve una infancia con carencias que nunca se notaron por el amor que puso mi familia para criarnos. En las calurosas noches de verano, no teníamos cómo enfriar la casa, pero mis papás nos proponían de forma divertida, dormir bajo el cielo estrellado. Sacábamos las camas al patio de la casa y dormíamos todos afuera. Fue en esas noches, a la orilla del fogón, a la luz de la vela, que mi abuela me enseñó a tejer a crochet con sus agujas especiales y únicas hechas con rayos de bicicleta. Nuestro desayuno era leche de vaca recién ordeñada y pan casero con manteca hecha con la nata de la leche. Recuerdo también el postre del domingo, leche con harina, quedaba como flan con caramelo.

Cuando tenía nueve años recibimos dos grandes noticias, un nuevo hermano y la tan

anhelada casa propia de mis padres. Cambio radical para toda la familia. La casa nueva quedaba a diez km de la escuela. Mi padre, al tiempo, nos preparó nuestro carruaje, un sulky tirado con un caballo. Al principio comenzaron los apodos, éramos los indiecitos para los nuevos compañeros. A nosotros no nos importaba. Llegábamos a la nueva escuela en una hermosa nave, éramos felices viajando en nuestro sulky. No importaba, si llovía o nevaba, con viento, con calor, no faltábamos a la escuela.

A los diecisiete años quedé embarazada de mi primer hijo. Muchos cambios, momentos muy tristes, duros y de mucho sufrimiento, pero nada me hizo cambiar la decisión de llevar adelante el embarazo y ser mamá soltera.

A los veintiún años me casé y recibí la hermosa noticia de la llegada de mi segundo hijo, una niña y a los veintitrés años nació mi tercer hijo.

Unos meses después me descubren un embarazo ectópico, el dolor más grande, una cesárea que me marcó para toda la vida. Un bebé que no nacería, y la triste noticia de que ya no tendría más hijos.

Luego, llega la peor noticia, la maldita enfermedad, cáncer en el cuello del útero. Fueron meses de mucho dolor y tristeza, pero gracias a Dios, todo salió muy bien.

He vivido malos y buenos momentos en mi vida. Pero siempre los he podido enfrentar con



amor, sabiendo que el amor es la única magia que transforma la calabaza en carruaje. Logrando de a poco mejorar día a día y no darme por vencida jamás, por más duro que sea.

Hoy, con cuarenta y ocho años, estoy orgullosa de ser la mamá de tres hermosos hijos, Exequiel, Melisa y Aldo, a quien cariñosamente llamamos Tito, y la joven abuela de Jazmín, Francisco, Luana, Ciro y Valentina.

Mi lema siempre fue: primero están mis hijos y mi familia. Es por eso que hace unos años para ayudar a la economía familiar recuperé el

oficio de mi abuela y comencé a tejer a crochet nuevamente. Así surgió Artesanías Alfrangeles, llamado así por las iniciales del nombre de mis tres primeros nietos y por el arcángel Chamuel, el ángel del amor, cuya labor es fomentar la gratitud y el amor incondicional y desinteresado por los demás. Hoy hace cuatro años que tengo mi emprendimiento de productos tejidos a crochet, esto me confirma que cuando se quiere y se realiza con amor, se obtienen buenos frutos. Le agradezco a Dios por todo lo que tengo.



EN LA VIDA NO HAY QUE BAJAR LOS BRAZOS

Historia de Marcela Viviana Díaz

Emprendimiento: Delicias Candelaria

Mi madre, Ángela, me dio a luz en el año 1977, en el hospital Rawson, San Juan. Mis padrinos, Lidia y Manuel me recibieron con mucho amor en su casa. Luego viajamos a Iglesia, a casa de mis abuelos, en el campo que se llama Pismantita . Allí viví una infancia muy feliz, aprendí a convivir con la naturaleza y los animales que cuidaban mis abuelos y tíos. Era maravilloso ver la puesta del sol y las estrellas en las oscuras noches en Pismantita. En la mañana temprana, mis abuelos ordeñaban las cabras para saborear esa rica leche con menta, pan casero y quesillo con azúcar que hacía mi abuela Rina. Mi abuelo, después de esa tarea, cortaba la leña para cocinar el rico almuerzo en la olla de hierro al fuego. Mi madre regaba el patio y ayudaba a la abuela con las demás tareas. Nosotros, los niños, juntábamos los huevos de gallina en una canasta que ponían debajo de la jarilla y las bravas ortigas.

Por las tardes, el abuelo nos ensillaba el

caballo para cabalgar por ese hermoso verde, era la vega, como le llamaban ellos. Cuando tenía cinco años, mi mamá conoció a mi papá del corazón, se casó con ella y me reconoció como su hija, me dio su apellido y fue en ese momento que comprendí que mi papá biológico nos había abandonado sin más. Hoy, mi papá Carlos es mi amor, lo amo con todo mi corazón. Cuando decidimos venir a Iglesia, mi papá tenía una linda casa, nos esperaba con todo el amor del mundo.

Recuerdo que una mañana de invierno, con tan solo cinco años, observaba sentada en una sillita a mi madre, que amasaba unas tabletas. Me miraba con amor mientras cocinaba. Recuerdo que la estufa humeaba y calentaba el hogar. El aroma a azúcar tostada perfumaba toda la casa. Ese día comencé a amar la cocina.

Empecé la primaria a los cinco años y la terminé satisfactoriamente siendo abanderada y con el promedio más alto de séptimo grado, en la escuela Manuel Alberti de la localidad de Zonda.

Mis padres y mis hermanas estaban orgullosos, a los doce años comencé la secundaria y una hermosa etapa de mi vida.

Cuando cumplí quince años, salíamos a bailar con mis amigos. Me encanta bailar, escuchar música, andar en bici y visitar a mis abuelas los fines de semana. Por ese entonces me enteré que iba a ser madre, mientras cursaba el cuarto

año del secundario.

Fue un tiempo de mucha angustia y tristeza, por tener que abandonar la escuela ya que mi mamá no podía cuidar a mi hijo y su papá tampoco porque él no se hizo cargo. Sentía mucho dolor porque se repetía la historia.

Fue en ese momento que decidí no bajar los brazos y salir adelante. Comencé a trabajar en casas de familia, cuidé chicos, lavé, planché e hice todo lo necesario para poder ayudar en mi casa. Cuando mi hijo comenzó el jardín, me propuse vender pan casero, semitas, tabletas, aquel legado de mi abuela y mi madre que, gracias a Dios, hoy todavía está con nosotros para darnos todo su amor y cariño.

La vida no fue fácil para ninguno de nosotros. A mi papá le dio una ACV y quedó paralítico. ¡Cuánto dolor ver a esa persona tan guapa, activa y llena de vida quedar postrada en una cama!

Hoy sigo adelante, formando parte de un proyecto de mujeres emprendedoras con mi panificación artesanal. Tejedoras, costureras, pasteleras, tan o más luchadoras que yo, un grupo hermoso que decidió no bajar los brazos ante las adversidades de la vida.

Gracias a mi esfuerzo me dieron la financiación para presentar un proyecto sobre lo que me gusta, la panificación artesanal.

Gracias a Dios, la empresa José María lo aprobó, dándome insumos, herramientas que





nunca imaginé poder conseguir las.

Estoy muy feliz porque logré salir adelante con las personas más queridas a mi lado.

Creé Delicias Candelaria, en honor a mi hija y a su vida porque desde que nació, la cerebro, es la alegría de nuestro hogar. Cuando cocino, busco impregnar en mis productos el amor más profundo que existe, el que sentimos por nuestros hijos. Me gustaría que cuando la gente pruebe un producto de Delicias Candelaria sienta el agradecimiento, el respeto y el amor que me inculcaron desde muy pequeña y que

intento transmitir.

Con sacrificio, poniéndonos metas y, sin bajar los brazos nunca, podemos llegar lejos y cumplir nuestros sueños.

Hoy mi sueño es tener mi local propio y poder salir adelante junto a mi pareja, un hombre maravilloso, mis ocho hijos y mis tres nietos a los que amo más que a mi vida. También me gustaría poder ayudar a aquellos que lo necesitan, porque si algo me caracteriza es, sobre todas las cosas, el respeto y la solidaridad con los que menos tienen.

ÍNDICE

Prólogo	7
Quiénes somos	9
Introducción	11
Historias	13
ANGUALASTO	15
Ruda Hembra - Iris Vega	16
Mamá, quiero ser como vos - Soledad Díaz	20
Aromas a infancia - Violeta Díaz	22
BELLA VISTA	25
El pan de cada día me trae dulces recuerdos - Carmen Mesina	26
La receta para todos los problemas es siempre el trabajo - Sabina Cabello	29
Mis hijos son mi dulzura - Vanesa Espejo	31
Mamá, vamos a hacer tabletas - Viviana Mondaca	34
LAS FLORES	37
Las enseñanzas de mi abuela - Analía Espejo	38
Mi trabajo estaba escondido en el rincón de mis sueños - Estela Carabajal	40
El arte de tomar decisiones - Laura Aciar Ruíz	42
Más allá de lo tangible: un legado de sabores y colores - Nancy Muñoz	46
Un mundo más dulce - Rosa Margarita Flores	50

RODEO	53
Decisiones que nos invitan a crecer - Carla Andrea Meglioli	54
La educación es la solución a todos los problemas - Cecilia Vedia	57
Quiero, puedo y me lo merezco - Cristina Palacio	59
Cortar, confeccionar y sorprender - Deolinda Esquivel	63
Herencia materna, un legado de amor - Elsa Raquel Varela	65
Nunca un no como respuesta - Giselda Castillo	68
Sueños de una niña astronauta - Gabriela Lauz	70
La tarea está cumplida - Johana Pick Pontoriero	72
La vida está en el viaje - Lala García	75
Los hermanos sean unidos - Laura Ramos	78
La dueña del camino - Maggy Durán	80
El secreto está en alimentarnos de infancia - Margot Cortés	82
Vistiendo muñecas - María Manuela Castillo	84
Emprendedora de vida - María Cristina Ramos	87
Una pasión que se hereda - María Carrizo	90
En cada trenza, una historia; en cada mechón, un deseo - Nancy Brizuela	94
Cada día un amanecer diferente - Selma Poblete	97
Las manos de mi abuela - Soledad Castillo	101
Enseñar y emprender - Vanesa Barrios	103
TUDCUM	109
Al compás de mis sueños, encontré mi norte - Ana María Rivas	110
Mantener las manos y mente ocupadas - Cristina Brizuela	116
De pastora a tejedora, una historia de superación - Emérita Flores	118
La artesana de sabores - Edita Ramona Aguilera	120
El sabor del hogar - Fanny Pizarro	122
La creatividad no tiene límites - Fátima Díaz	126
Una mujer que lucha por sus sueños - Flavia Pizarro	128

Siempre hay oportunidades - Isabel Taillant	130
Es cuestión de creer en uno mismo - Lorena Ponce	132
Dar el primer paso, del resto se encarga el universo - Marisa Flores	135
En honor a mí - Marisa Aguilera	138
Entre abuelas y nietas - Paola Sanchez	140
Enseñanzas de nuestro pueblo - Rosa Aguilera	142
El amor lo puede todo, queda grabado en cada célula del cuerpo - Sandra Muñoz	144
El oficio de escuchar con las manos - Verónica Rivero	148
VILLA IGLESIA	151
Diseñando sueños - Anahí Pereyra	152
La seguridad de elegir nuestro camino - Celeste Rodríguez	155
El vuelo de las mariposas - Elisabeth Poblete	160
Poniéndole dulzura a la vida - Macarena Cuevas	162
Nadie nace sabiendo en esta vida - Silvia Eda Álvarez	164
ZONDA	169
Primero la familia - Alejandra Vanesa López	170
En la vida no hay que bajar los brazos - Marcela Viviana Díaz	173

Ser emprendedoras es mucho más que simplemente iniciar un negocio; es un viaje de autodescubrimiento y valentía, donde cada desafío se convierte en una oportunidad para crecer. Es tener el coraje de seguir nuestros sueños y la determinación de convertir cada idea en una realidad palpable, enfrentando incertidumbres con pasión y perseverancia.

En este proceso, como han podido observar en nuestras historias, hemos encontrado aliados invaluable. Su apoyo constante y su formación nos han proporcionado las herramientas y el conocimiento necesario para fortalecer nuestros emprendimientos. Su contribución no solo ha potenciado nuestras habilidades, sino que también ha iluminado nuestro camino, permitiéndonos avanzar con confianza y esperanza hacia un futuro lleno de posibilidades que, sin dudas, será en red.

#MUJERESENERED





Instagram de Mujeres en Red



Vicuña

